





JUNTA DE PARQUES NACIONALES

Y

PATRONATO NACIONAL DEL TURISMO

---

722830

# GUÍAS DE LOS SITIOS NATURALES DE INTERÉS NACIONAL

PUBLICADAS BAJO LA DIRECCIÓN

Número ..

Estado ..

DE

Tercera ..

**EDUARDO HERNÁNDEZ-PACHECO**

DELEGADO-INSECTOR DE SITIOS Y MONUMENTOS NATURALES  
DE INTERÉS NACIONAL



Número 1

## SIERRA DE GUADARRAMA

MADRID

1 9 3 1

Los **Parques Nacionales** se fundaron por ley del Ministerio de Fomento de 7 de diciembre de 1916. Son dos: Uno, el de la **MONTAÑA DE COVADONGA**, que comprende el macizo de Peña Santa, en los Picos de Europa, provincias de Asturias y de León, creado por ley de 22 de julio de 1918. El otro parque nacional es el del **VALLE DE ORDESA**, en el Alto Pirineo aragonés; creado por Real decreto de 16 de agosto de 1918.

Los *Sítios y Monumentos naturales de interés nacional* fueron creados por Real orden de 15 de julio de 1927, en la que se dispone: «Podrán ser declarados Sitios de interés nacional los parajes agrestes del territorio nacional que merezcan ser objeto de especial distinción por su belleza natural, lo pintoresco del lugar, la exuberancia y particularidades de la vegetación espontánea, las formas especiales y singulares del roquedo, la hermosura de las formaciones hidrológicas o la magnificencia del panorama y del paisaje.

»Análogamente podrán ser declarados Monumentos naturales de interés nacional los elementos o particularidades del paisaje en extremo pintorescos y de extraordinaria belleza o rareza, tales como peñones, piedras bamboleantes, árboles gigantes, cascadas, grutas, etc.

»Será circunstancia favorable para las declaraciones oficiales expresadas, que la belleza del paisaje o de sus elementos esté realizada por el interés científico, artístico, histórico o legendario».

La **Junta de Parques Nacionales** se fundó por Real decreto de 23 de febrero de 1917 y fué reorganizada por Real decreto de 26 de julio de 1929, estando constituida en la actualidad por los siguientes miembros, mencionándose los Vocales en el orden de antigüedad de sus nombramientos:

*Presidente:*

El Director general de Montes, D. José M.<sup>a</sup> Giménez Quintana.

*Vicepresidente, Comisario general:*

Sr. Marqués de Villaviciosa de Asturias.

*Vocales:*

D. Eduardo Hernández-Pacheco.

D. Guillermo Galmés.

D. Gumersindo Gutiérrez Gándara.

D. Ramón Menéndez Pidal.

Sr. Conde de la Vega del Sella.

D. Mariano de Alarcón.

D. Joaquín Santos Suárez.

D. Adolfo Dalda.

*Secretario:*

D. Alfredo Medinilla.

Número \_\_\_\_\_  
Año 19\_\_\_\_\_  
18 \_\_\_\_\_

GUÍA  
DE LA  
SIERRA DE GUADARRAMA





(Fot. F. Hernández-Pacheco.)

Vista de la parte occidental de la sierra de Guadarrama, desde las alturas del Ventorrillo, en la carretera al puerto de Navacerrada.



## PREÁMBULO

La presente guía es la primera de la serie en la que se describirán los Sitios y Monumentos naturales de interés nacional designados por el Ministerio de Fomento, a propuesta de la Junta de Parques Nacionales, que selecciona como tales los más bellos parajes que existen en España, para ponerlos bajo la protección del Estado con el fin de evitar que sean destruídos los elementos de belleza natural que presentan estas muestras escogidas de la hermosura del solar hispano.

La afanosa y dura vida de los tiempos modernos, toda vértigo, precipitación y ansiedad, impone, como saludable necesidad de reparador descanso espiritual, volver, aunque sea momentáneamente, al amparo cariñoso y al seno tranquilo de la madre Naturaleza, disfrutando de la paz de su ambiente, de la serenidad de los campos y de la belleza del bosque y del roquedo, sedantes del alma y reparadores de las energías agotadas, que permitan continuar el deber de vivir con más vigor de cuerpo y de espíritu.

La dura necesidad de vivir hay que procurar transformarla en el placer de vivir, aspiración de verdadero progreso y civilización de la humanidad, siempre que este ideal sea en beneficio de todos y no de los fuertes y afortunados a expensas de los débiles y desgraciados.

A esta finalidad, noble y altruísta, obedece la creación de los dos Parques Nacionales existentes en España y la declaración de Sitios naturales de interés nacional, abiertos a todos, procurándose por los medios al alcance de la Junta el fácil y económico acceso a tales parajes.

Hasta el presente, los Sitios naturales de interés nacional que han merecido la distinción oficial de ser declarados tales—la mayoría a petición de entidades provinciales, municipales o particulares, y alguno por iniciativa de la propia Junta de Parques Nacionales—son los siguientes:

*Sitio Nacional de San Juan de la Peña*, en el Alto Pirineo Aragonés, provincia de Huesca.

*Dehesa del Moncayo*, en la zona culminante de la cordillera Ibérica, provincia de Zaragoza.

*Picacho de la Virgen de la Sierra*, en Cabra, provincia de Córdoba.

*Ciudad Encantada*, en la serranía de Cuenca.

*Torcal de Antequera*, en la provincia de Málaga.

En la madrileña sierra de Guadarrama, a petición de la Real Sociedad Española de Alpinismo, «Peñalara», se han escogido tres parajes de los de más belleza natural, representativos de los tres elementos del paisaje—roquedo, vegetación y cumbres—que dan a la castellana sierra la reputación que en justicia se le asigna en relación con la estética de la naturaleza.

Estos tres lugares son:

*Pedrizo del Manzanares*, en el término municipal de Manzanares el Real, provincia de Madrid.

*Pinar de la Acebeda*, en el término municipal de San Ildefonso, provincia de Segovia.

*Cumbre, circo y lagunas de Peñalara*, en el término municipal de Rascafría, provincia de Madrid.

Además, por iniciativa de la Real Academia Española de la Lengua, fué declarado Monumento natural de interés nacional un pintoresco roquedo, situado en el puerto del León, de la sierra de Guadarrama, denominado Peña del Arcipreste de Hita, en el término municipal de Guadarrama, provincia de Madrid, monumento dedicado a la memoria del excelso autor del *Libro de Buen Amor*, y cuya inauguración oficial se celebró el 23 de noviembre de 1930, en que se cumplía el VI centenario de la aparición del mencionado libro.

Las características, extensión y vías de acceso de los tres Sitios naturales y del Monumento de interés nacional de la sierra de Guadarrama se exponen en la copia adjunta de la Real orden en que se hizo la declaración oficial, según el informe que elevó a la superioridad el autor de estas líneas, por razón de su cargo de Delegado de Sitios de interés nacional.

Pero el documento oficial referido no puede describir con el conveniente detalle las diversas particularidades de los cuatro parajes del Guadarrama objeto de la merecida distinción, y a completar los datos expuestos en la *Gaceta de Madrid* obedece la publicación de la presente guía.

Los autores del texto son: por lo que se refiere a *La Peñalara del Manzanares*, FRANCISCO HERNÁNDEZ-PACHECO, geógrafo y geólogo, Profesor auxiliar de Geografía física de la Universidad Central; ANTONIO VICTORY, Presidente de la Real Sociedad Española de Alpinismo, «Peñalara», y ARNALDO DE ESPAÑA, distinguido escritor, Secretario general de la misma entidad. *El pinar de la Acebeda* está descrito por ANTONIO VICTORY y por EMILIO GUINEA, distinguido botánico, del cual son también las tres acuarelas que ilustran la guía. La descripción del *Macizo de Peñalara* está hecha por CARLOS VIDAL, Profesor ayudante de Geografía física de la Universidad Central.

Termina la guía con un epílogo, del cual es autor CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS, fundador de la Sociedad y de la revista denominada «Peñalara», muy competente en estudios de Geografía humana y gran conocedor de la sierra de Guadarrama en sus aspectos geográfico e histórico.

Las fotografías relativas a los Sitios y Monumentos naturales de interés nacional, de la sierra de Guadarrama, son originales, en gran parte, de JOSÉ TINOCO, Astrónomo del Observatorio de Madrid, uno de los primeros artistas fotográficos de España; otras lo son de A. VICTORY, de DÍAZ DUQUE, de R. GONZÁLEZ o de F. HERNÁNDEZ-PACHECO, también distinguidos y laureados artistas de la fotografía. El Arquitecto J. DEL-

GADO UBEDA, gran especialista en la construcción de refugios, albergues y demás edificios de alta montaña, es el autor del dibujo, a pluma, que figura en la parte correspondiente a la Pedriza del Manzanares.

Se ha atendido con gran interés a la cuestión pertinente a mapas, los cuales son cuatro: uno, itinerario, planimétrico, que comprende desde Madrid a Segovia y abarca la zona del Guadarrama, en donde se ubican los Sitios y el Monumento natural de interés nacional. Los otros tres, que corresponden, respectivamente, a los tres Sitios de interés nacional, son altimétricos, con curvas de nivel de 50 en 50 metros. Los datos se han obtenido de las publicaciones del Instituto Geográfico y Catastral, y han sido trazados los mapas por el geógrafo FRANCISCO HERNÁNDEZ-PACHECO, con la cooperación del Licenciado en Ciencias Naturales CARLOS VIDAL, habiendo sido delineados por el profesor de Dibujo del Instituto-Escuela y laureado pintor FRANCISCO BENÍTEZ, autor, también, del emblema que figura en la cubierta.

Como se aprecia por la relación que antecede, se ha procurado que colaboren en esta publicación especialistas de gran competencia en la geografía, geología y vegetación de la cordillera central de España o de sus tradiciones, historia y leyendas, y todos conocedores al detalle de la sierra del Guadarrama, y en especial de los parajes que describen, por haberlos recorrido con frecuencia e intensidad. Son, en suma, los autores de las descripciones, fotografías, planos y dibujos de esta guía, montañeros ágiles y animosos, competentes y cultos, dotados de gran amor y entusiasmo por la Naturaleza, el campo y la montaña, representantes, todos ellos, de la juventud española fuerte y culta, sana de espíritu y de cuerpo, en la que debemos confiar, mirando esperanzados hacia el porvenir y hacia los destinos de la patria.

E. H.-P.

**Real orden del Ministerio de Fomento declarando Sitios y Monumentos naturales de Interés Nacional, en la Sierra de Guadarrama, los parajes de la misma que se indican.**

Ilmo. Sr.: La sierra de Guadarrama, segmento medio de la Cordillera central, a la que, con gráfica frase, consideró el geólogo Macpherson como la columna vertebral de la Península hispánica, presenta sus elevados macizos graníticos entre las dos amplias llanuras de la tierra castellana.

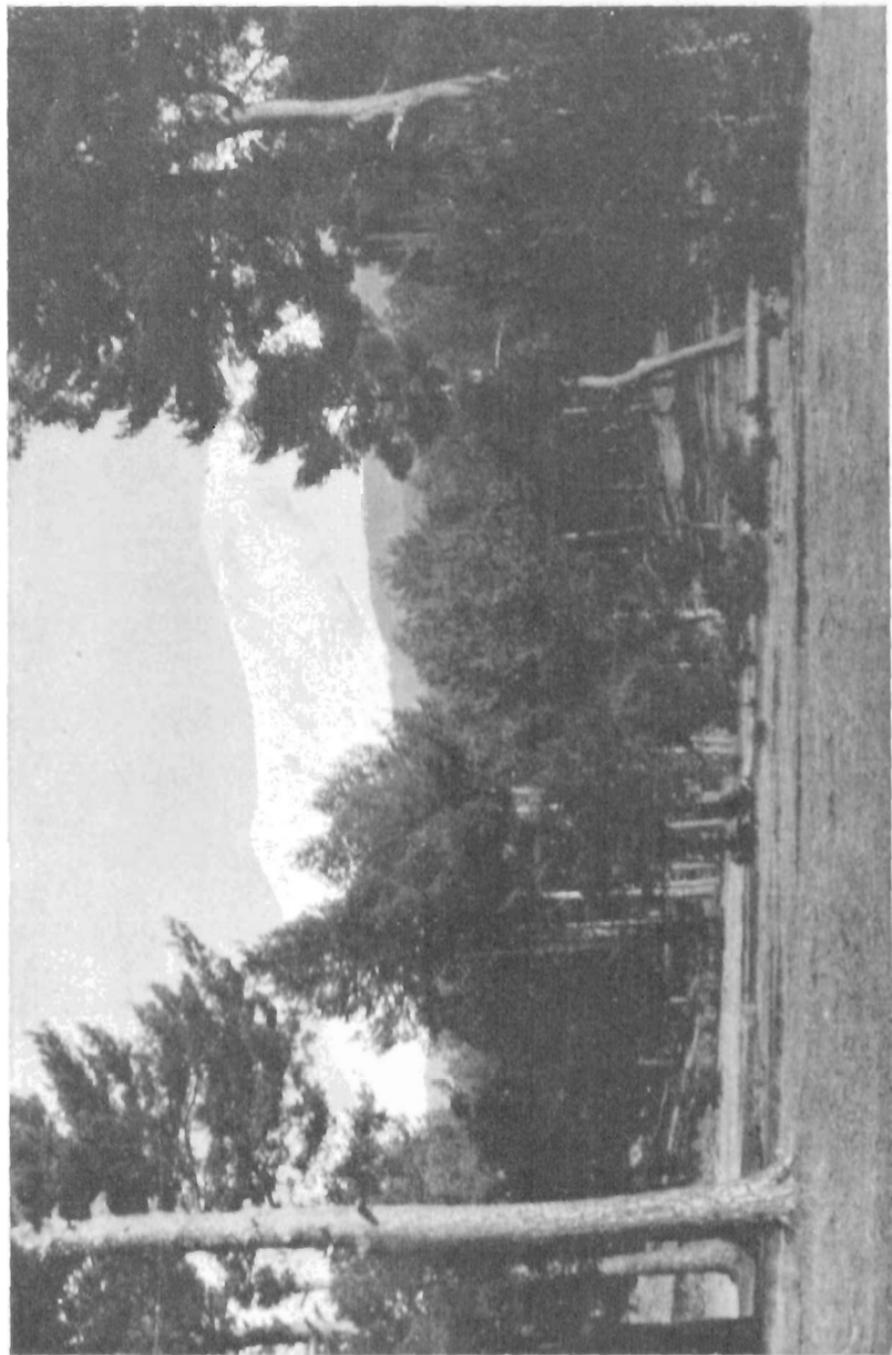
A la belleza del abrupto roquedo de sus cumbres se une la serena placidez de sus amplios valles, de verdes praderías; los deleitosos bosques de denso pinar, que se extienden por las laderas y valles altos, y la vegetación de encinas, rebollos y enebros, que con otras clases de arboleda y con el matorral florido de jaras, retamas, cantuesos y tomillos, ocupan las zonas bajas. Pintorescos pueblos serranos y viejas edificaciones, de belleza arquitectónica, armonizan con los elementos naturales del paisaje.

La rapidez de los modernos medios de locomoción permite que la gran urbe madrileña pueda tener, como lugar de saludable y culto esparcimiento y descanso espiritual de la afanosa vida ciudadana, la cercana sierra, siendo justas aspiraciones, sentidas unánimemente y expresadas con insistencia por corporaciones y entidades muy diversas, que un mayor desarrollo en las vías de comunicación y más facilidad y baratura en el transporte entre Madrid y los diversos lugares de la sierra de Guadarrama hagan asequibles a todos poder disfrutar, cómoda y económicamente, de las bellezas del campo, del bosque y de la montaña. Cuestión cuyo gran interés e importancia reconoce el Gobierno y a la que viene prestando apoyo.

En la Real orden de 15 de julio de 1927 y en el Real decreto de 26 de julio de 1929, reorganizando la Junta de Parques nacionales y modificando su cometido y funcionamiento, se dispone que aquellos parajes notables por su belleza natural, lo pintoresco del lugar, la exuberancia y particularidades de la vegetación espontánea, las formas especiales y singulares del roquedo, la hermosura de las formaciones hidrológicas o la magnificencia del panorama y del paisaje, puedan ser declarados Sitios naturales de interés nacional, y análogamente Monumentos, con igual categoría y significación, los elementos del paisaje en extremo pintorescos y de extraordinaria hermosura, y especialmente si están avalorados por la leyenda, la tradición o la historia. Trátase con esto, entre otras finalidades, de señalar, de distinguir y dar a conocer las más escogidas bellezas naturales de las muy numerosas que existen en el territorio patrio, al modo como se señalan y protegen los monumentos notables de orden arqueológico, histórico o artístico.

Los parajes, con las características expuestas, no escasean en la cercana sierra, y ante la imposibilidad de otorgar la distinción antes referida a los numerosos que en el Guadarrama existen, en donde la Naturaleza ha prodigado sus bellezas, se limita la declaración oficial que se propone de Sitios naturales de interés nacional, a aquellos lugares de la sierra de Guadarrama de más notable importancia en el concepto expresado y que pueden considerarse como representativos de los tres elementos del paisaje que en armónico conjunto dan a la castellana sierra la reputación que en justicia se le asigna en relación con la estética de la naturaleza.

Estos tres lugares son: *La Pedriza del Manzanares*, notable por la singular belleza de su agreste roquedo granítico, en el que destacan los abruptos y casi inaccesibles riscos de los Pinganillos, de curiosas formas; la ingente mole culminante de la Peña del Yelmo, y el enorme Canto del Tolmo, situado en medio de plácida pradería, al pie del que



El macizo de Peñalara desde el pinar de Valsaín.

*(Fot. Díaz Duque)*

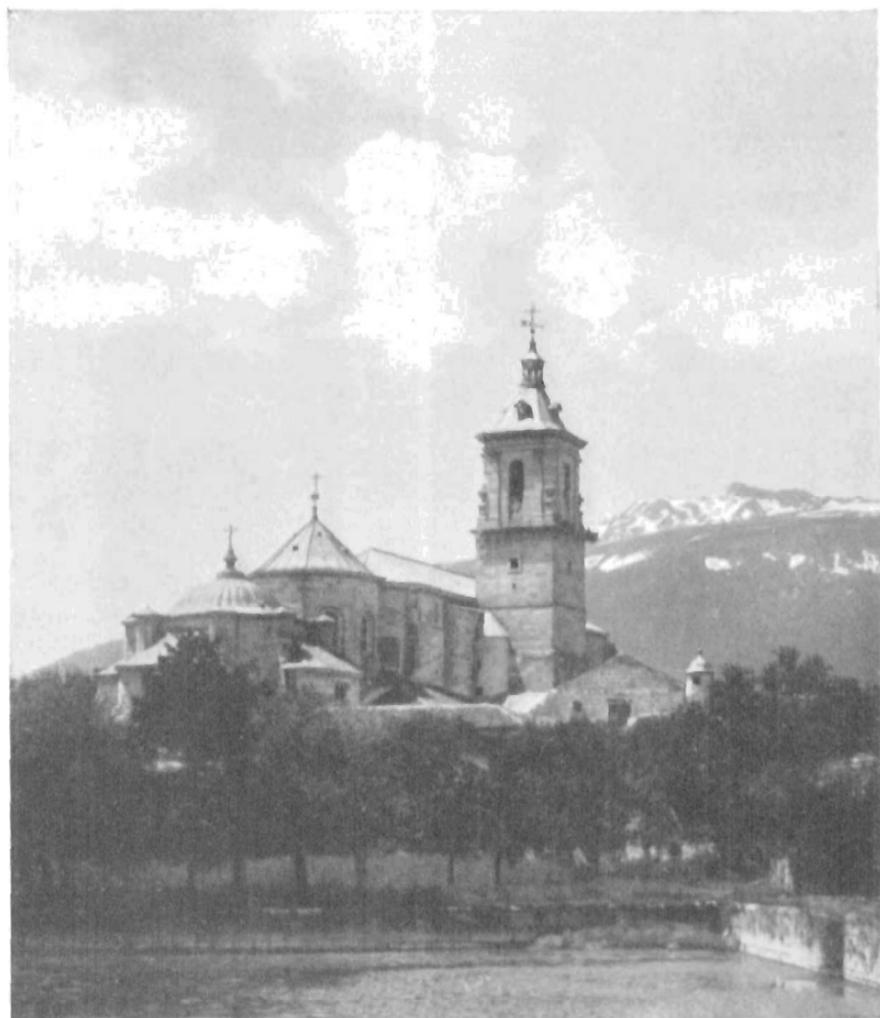
brotar clara fuente, y en el que los discípulos y admiradores del ilustre pedagogo Francisco Giner colocaron, hace bastantes años, una lápida en memoria del gran promovedor del amor al campo y a la naturaleza, afición ya por ventura en vías de gran desarrollo. Es el segundo paraje el denominado *Pinar de la Acebeda*, donde la vegetación se manifiesta con máximo esplendor, el bosque más exuberante y frondoso, en el que crecen los acebos, de verdes y elegantes hojas lustrosas, y en donde los claros del pinar muestran pradería más placentera por su amenidad y hermosura. Es el tercer lugar el de la *Cumbre, con el circo y lagunas de Peñalara*, cúspide de fácil acceso, en la cual la montaña alcanza su máxima culminación, de 2.430 metros de altitud, y desde donde la vista se extiende por el amplio panorama de las anchas Castillas. Al pie de la cúspide se muestra el abrupto circo rocoso, abierto por los accidentes geológicos y excavado por la acción de los glaciares de los tiempos anteriores a la Historia, lugar embellecido por las plácidas lagunas, de límpidas aguas, de los Pájaros y de Peñalara.

Los tres parajes, para los que se propone la declaración de Sitios naturales de interés nacional, presentan relativamente fáciles condiciones de acceso por las actuales carreteras que, enlazadas con las que parten de Madrid, llegan hasta sus inmediaciones.

Por lo que respecta a la Pedriza, el más fácil acceso desde Madrid es por la carretera que por Colmenar Viejo llega a Manzanares el Real, y desde este lugar, por el camino que, remontando la margen izquierda del río Manzanares, en un trayecto de unos dos kilómetros, al presente en tramitación para su conversión en carretera, llega hasta el pradillo de la Cueva, ya dentro de la Pedriza.

El camino más adecuado para visitar el paraje de la Acebeda es partiendo de la estación de Cercedilla, seguir la carretera forestal que llega hasta el puente del Descalzo, en la calzada romana y en las inmediaciones de la casa social «Peñalara»,

y desde aquí, por la calzada romana o el camino viejo, en un

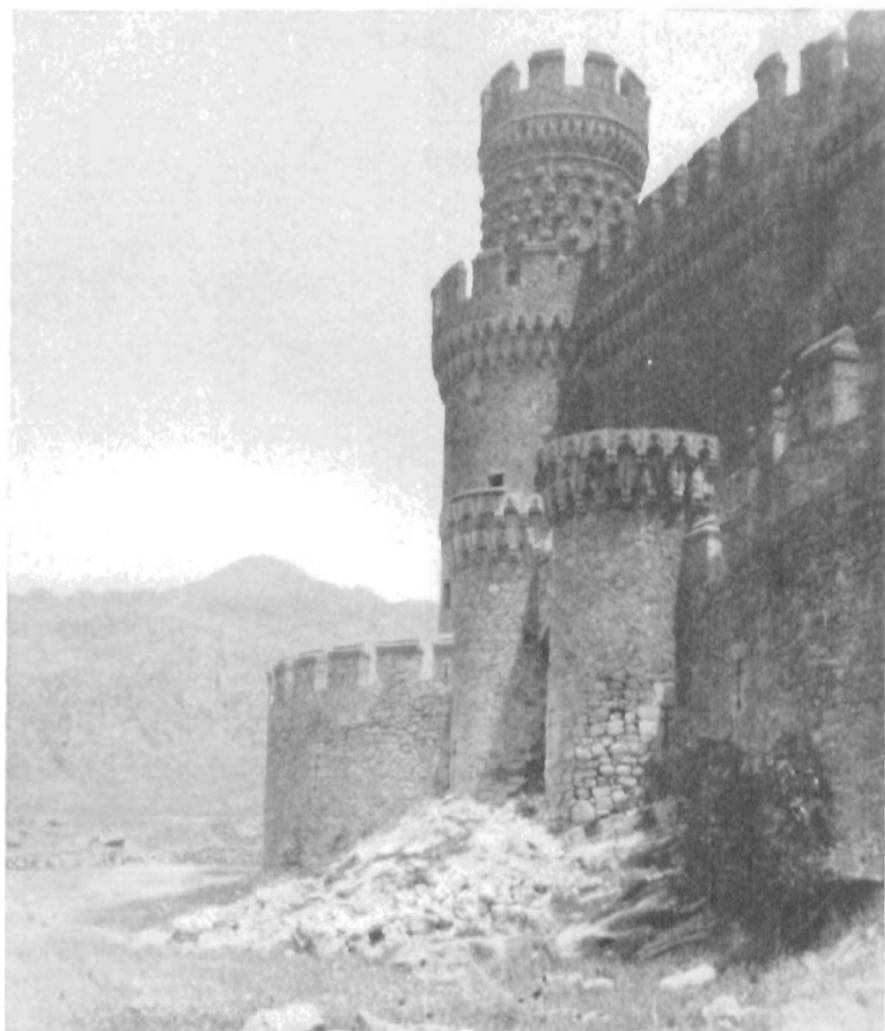


*(Fot. F. Hernández-Pacheco.)*

El monasterio del Paular, en el valle del Lozoya; al fondo, el macizo de Peñalara.

recorrido menor de dos kilómetros, al puerto de la Fuenfría, en donde comienza el Sitio de interés nacional. Se proyecta

la inclusión en el plan general de carreteras de la construcción de un trozo que llegue hasta el puerto de la Fuenfría, y por la



*(Fot. J. Tinoco.)*

El castillo de Santillana, en Manzanares el Real; al fondo, la Pedriza.

Jefatura de Obras públicas de Segovia se está tramitando el expediente informativo y redactando el anteproyecto de la carretera denominada del puerto de la Fuenfría a enlazar con

la de Villalba a Segovia, en Valsaín o sus proximidades, pasando por la fuente de la Reina, en el centro del bosque de la Acebeda con lo cual se podría recorrer todo a lo largo el Sitio de interés nacional y cerrarse circuito de carreteras.

El tercer Sitio de interés nacional, o sea el de la *Cumbre, circo y lagunas de Peñalara*, está servido por la carretera que, partiendo de la que pasa por el puerto de Navacerrada, desciende al valle del Paular, pasando por el puerto de los Cotos, inmediato a la laguna y cumbre de Peñalara.

Se proponen las declaraciones oficiales mencionadas a instancia de la Real Sociedad Española de Alpinismo, «Peñalara». Por acuerdo de la Junta de Parques Nacionales han sido reconocidos dichos parajes y establecidos sus perímetros por el Delegado-Inspector de Sitios y Monumentos naturales de interés nacional, quien emite informe favorable a la petición y que hace suyo la Junta, proponiendo ésta, en consecuencia, las declaraciones que se solicitan.

Además de la declaración de Sitios naturales de interés nacional de los tres parajes mencionados, existe en la sierra de Guadarrama una particularidad que merece la declaración de Monumento natural de interés nacional.

Se refiere ésta a un risco o canchal granítico, con grandes piedras caballerías, que se halla situado en el término municipal de Guadarrama, en el lugar comprendido entre el collado de la Sevillana y la peña del Cuervo, inmediato al puerto del León, a la derecha de la carretera, de la que dista próximamente un kilómetro, perteneciendo el paraje al municipio de Guadarrama.

El sitio está dotado de gran belleza natural y ocupa posición dominante, desde la que se distingue el extenso panorama de las vertientes meridionales de la sierra castellana, la amplia llanura madrileña y, en las lejanías, la azulada alineación de los montes de Toledo; pudiéndose considerar como sintético de las características peculiares a los paisajes serranos del Guadarrama. El matorral de helechos y de arbustos

rodea al risco; un rodal de añosos pinos, de formas singulares, existe junto a él y, en su base, brota una fuente que tiene un verde y ameno pradillo en la delantera.

La declaración oficial que se pretende es a petición y por acuerdo de la Real Academia Española de la Lengua, teniendo en cuenta que, cumpliéndose en este año de 1930 seis siglos de la composición del *Libro de Buen Amor*, por el Arcipreste de Hita, obra singular, en que se describen las sendas de la sierra madrileña, que el Arcipreste recorre desde los puertos de Lozoya al de Guadarrama, debe tener el genial autor de este libro, en nuestra sierra, que tantas veces recorrió, un recuerdo y algún lugar consagrado a su memoria.

En virtud de cuanto queda expuesto y de acuerdo con lo que dispone la Real orden de 15 de julio de 1927 y el Real decreto de 26 de julio de 1929,

S. M. el Rey (q. D. g.), de conformidad con los informes emitidos de que queda hecha mención, ha tenido a bien disponer:

1.º Que queden declarados Sitios naturales de interés nacional, en la sierra de Guadarrama, los siguientes parajes, cuyas características naturales se han expuesto, y que son, a saber:

A) *La Pedriza del Manzanares*, situada en el término municipal de Manzanares el Real, provincia de Madrid, en la extensión que más adelante se señala; paraje constituido por terreno rocoso destinado a pastos y de propiedad particular.

B) La extensión de terreno que a continuación se delimita, correspondiente al llamado *Pinar de la Acebeda*, propiedad del Real Patrimonio, situada en el término municipal de San Ildefonso, provincia de Segovia, en su zona limítrofe con la de Madrid.

C) *La cumbre, circo y lagunas de Peñalara*, con la extensión que se detallará, correspondiente a terrenos de pastos de verano, propiedad del Estado, situados en el término municipal de Rascafría, provincia de Madrid, en su zona limítrofe con la de Segovia.

2.º El paraje correspondiente al Sitio natural de interés nacional de la Pedriza de Manzanares, comprende el espacio que cierra el circuito siguiente: Desde la ermita de Peña Sacra, en las inmediaciones del pueblo de Manzanares el Real, siguiendo el cauce del Manzanares, hasta la confluencia con el arroyo Cuervo; desde dicha confluencia a la cota 1.600 de la



(Fot. F. Hernández-Pacheco.)

El embalse del Manzanares, desde la Pedriza.

cuerda de las Milaneras, y siguiendo la línea de cumbres, por el circo de la Pedriza, posterior a la cuerda de los Pinganillos, collado de la Ventana, pico de la Herrada, al collado de la Dehesilla. De aquí a unos 400 metros al este de la peña del Yelmo, al collado del Alcornocal, a buscar el río Manzanares en la ermita de Peña Sacra.

3.º La delimitación del Sitio de interés nacional correspondiente al *Pinar de La Acebeda*, se establece según una línea de perímetro que del puerto de la Fuenfría va por las vertientes este y norte de Montón de Trigo, por el límite del

pinar hasta la línea divisoria de la cuerda norte de la sierra de



*(Fot. F. Hernández-Pacheco.)*

Peña del Arcipreste de Hita, cerca del puerto del León.

la Mujer Muerta, siguiendo hacia el norte hasta la cota 1.764. De aquí en línea recta, atravesando el río Acebeda, a la cuerda de las Camorcas, siguiendo después en línea recta al sur, por la casa de la Camorca, a la calzada romana y puerto de la Fuenfría.

4.º El Sitio natural de interés nacional de la zona de *Cumbres de Peñalara*, se delimita, según una línea que de la cumbre de Dos Hermanas, a 2.200 metros de altitud, pasa cerca de la arista culminante de la sierra, por la provincia de Segovia, a la cota 2.350 metros, dejando incluida en el recinto la cumbre de Peñalara. Sigue la línea por la base norte del risco de la laguna de los Pájaros al collado del camino de las Neveras, y de aquí al este, en línea recta, hasta la cota 1.900; desde esta recta hasta la Silla de Garci-Sancho, y desde esta pradera al collado de la Peña de los Quesos, siguiendo después a cerrar el polígono en la cumbre de Dos Hermanas, por la cuerda oriental del macizo.

5.º Que quede declarado Monumento natural de interés nacional el risco situado cerca del puerto del León, al comenzar la vertiente meridional, en el lugar comprendido entre el collado de la Sevillana y la Peña del Cuervo, término municipal de Guadarrama, provincia de Madrid, extendiéndose esta declaración oficial a los pinos y demás vegetación espontánea que rodea al canchal, juntamente con el manantial que brota al pie del risco.

Comprende el paraje objeto de la distinción un rectángulo en el que se cuenta una longitud de 150 metros, a partir del cancho más alto del risco, hacia los rumbos noreste, sureste, suroeste y noroeste, distando más de un millar de metros del hectómetro 7 del kilómetro 56 de la carretera de Madrid a Segovia, sitio desde donde parte una vereda que conduce al lugar en cuestión.

El expresado Monumento natural se denominará Peña del Arcipreste de Hita, en donde, por iniciativa de la Real Academia Española de la Lengua, se colocará, en el sitio

que se juzgue más conveniente, una inscripción conmemorativa.

6.º La custodia y conservación de los Sitios y Monumentos naturales de interés nacional cuya declaración oficial se propone, en lo que respecta al denominado de la Acebeda está perfectamente resuelta, por formar parte del Real Patrimonio de la Corona, dirigido por Ingenieros de Montes y con guardería excelentemente organizada, y no cabe la menor modificación en el régimen establecido, que no pone a las expansiones del turismo ni a la visita del paraje por los aficionados al campo y a la contemplación de la Naturaleza otras trabas que las lógicas y debidas a la conservación de la riqueza forestal y al respeto a las buenas costumbres.

Por lo que atañe a los otros dos Sitios y Monumentos naturales de interés nacional cuya declaración oficial se propone, se encomienda su conservación y custodia a los propietarios de los parajes, a los Ayuntamientos en cuyos términos municipales están, y a las respectivas Jefaturas del Cuerpo de Ingenieros de Montes, y la protección de los expresados parajes a la Real Sociedad Española de Alpinismo, «Peñalara». Todo en conformidad con las disposiciones vigentes relativas a este respecto.

7.º Se autoriza para que pueda ser izada la bandera nacional en los lugares más adecuados de los Sitios y Monumentos naturales de interés nacional que se han reseñado, los días para ello oficialmente señalados y los de excursiones colectivas de carácter extraordinario o visitas oficiales.

8.º Que esta Real orden se publique en la *Gaceta de Madrid* y *Boletines Oficiales* de las provincias de Madrid y Segovia.

De Real orden lo participo a V. I. para su conocimiento y efectos. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid, 30 de septiembre de 1930.—*Matos*.—Señor Director general de Montes, Pesca y Caza.—(*Gaceta de Madrid* de 12 de octubre de 1930.)

# LA PEDRIZA DEL MANZANARES

## I

### DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICO-GEOLÓGICA

por

FRANCISCO HERNÁNDEZ-PACHECO

Profesor auxiliar de Geografía física en la Facultad de Ciencias  
de la Universidad Central.

**DIVISIONES PRINCIPALES DEL GUADARRAMA Y LOCALIZACIÓN DE LOS SITIOS NATURALES DE INTERÉS NACIONAL.**—Puede decirse que el Guadarrama consta de tres zonas o secciones claramente separadas topográficamente, y que, en realidad, vienen a reunirse en el nudo formado por las Guarramas (2.262 metros), siendo esta elevada loma la zona central del antiguo macizo castellano.

A partir de las Guarramas, y hacia el oeste, quedan las regiones occidentales integradas por la montaña de Siete Picos (2.183 m.), comprendida entre el puerto de Navacerrada (1.860 m.) y el de la Fuenfría (1.795 m.), donde nuevamente se bifurca la cordillera, para dar lugar hacia el noroeste al macizo de la sierra de la Mujer Muerta (2.193 m.), cuyas laderas del noreste forman en parte el Pinar de la Acebeda, sitio natural de interés nacional típico del bosque característico de estas regiones montañosas de las Castillas. Hacia el suroeste, y a partir del antes citado puerto de la Fuenfría, se inicia el macizo coronado por Peña Aguila (2.009 m.), y en su natural prolongación, constituida por la alargada y no elevada divisoria que se dirige hacia el puerto de Guadarrama o del León (1.511 m.), se encuentra la Peña del Arcipreste de Hita, monumento natural de interés nacional. Estas lomas, prolon-

gándose aún más hacia occidente, dan origen a los cerros y cumbres que por el norte rodean a El Escorial.

A partir de las Guarramas, y hacia el este, se inicia la elevada y larga loma coronada por las Cabezas de Hierro (2.383 metros), que con gran uniformidad y con altitudes muy semejantes, y siempre cercanas a los 2.000 metros, continúa hacia oriente, dando origen a la Cuerda Larga, la cual puede decirse termina en el pico de La Najarra (2.106 m.), al sur y próximo al puerto de La Morcuera (1.780 m.), donde, en realidad, las altas zonas del Guadarrama terminan, para dar lugar a los cerros y cumbres que quedan hacia el norte y cercanos a Miraflores, Navalafuente, Bustarviejo y La Cabrera.

Por delante de las Cabezas de Hierro y de la Cuerda Larga se destaca el macizo de la Pedriz del Manzanares, verdadero y principal contrafuerte meridional del Guadarrama Anterior y elegido sitio natural de interés nacional, representativo del paisaje de roquedo, en el macizo central de España.

Hacia el noreste de las Guarramas queda el puerto de Los Cotos o de El Paular (1.830 m.), lugar donde se inicia el Guadarrama Posterior, coronado por el macizo de Peñalara (2.450 m.), el principal y más elevado del sistema y elegido sitio natural de interés nacional, para representar las zonas de altas cumbres en esta cordillera. Hacia el noreste, la alta divisoria continúa uniforme y elevada casi siempre por encima de los 2.000 metros, la cual, rebajándose algo, termina finalmente en el puerto de La Somosierra (1.329 m.), lugar donde en realidad concluye el Guadarrama.

La alineación que desde las Guarramas se dirige hacia El Escorial y la citada en el párrafo anterior, que da origen al Guadarrama Posterior, forman la divisoria entre el Duero y el Tajo, quedando entre las dos alineaciones principales del Guadarrama, a partir del puerto de Los Cotos, hacia el este, el espléndido, ameno y rico valle de El Paular, el más importante del sistema.

LOCALIZACIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE LA PEDRIZA DEL MAN-

ZANARES.—Como se ha indicado, al sur del macizo de las Cabezas de Hierro y de la Cuerda Larga queda la Pedriz del



*(Fot. A. Victory.)*

Canto del Bolo, inmediato a la ermita de Peña Sacra, en la entrada de la Pedriz.

Manzanares, dando origen al principal contrafuerte de esta zona del Guadarrama. Este áspero y peñascoso territorio se distingue claramente desde Madrid en los días claros y trans-

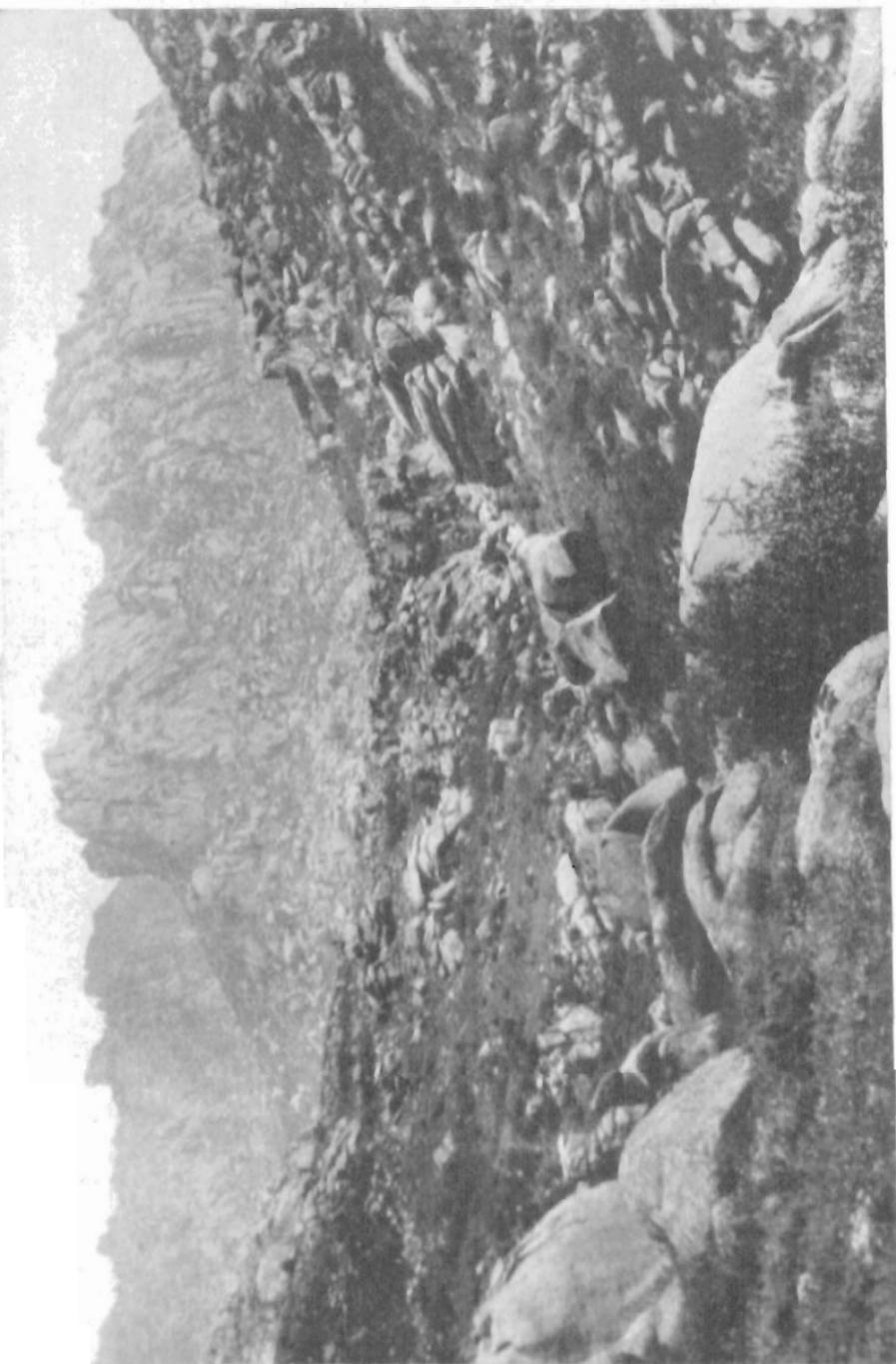
parentes, pudiendo apreciarse la típica rugosidad y la coloración rosada de sus masas pétreas, las cuales aparecen perfectamente libres de vegetación, desnudez que caracteriza a este pequeño macizo granítico. Dentro de tal territorio, la zona que da lugar al paraje correspondiente al sitio natural de interés nacional, comprende el espacio que cierra el circuito que se describe en la copia de la Real orden insertada al principio de esta guía.

En realidad, la Pedriza aparece formada por dos macizos claramente limitados: la Pedriza Anterior, coronada por la Peña del Yelmo o Diezmo (1.714 m.), y la Pedriza Posterior, constituida por las escarpadas y quebradas laderas de las Milaneras y del Pinganillo, aguda crestería que se eleva a los 1.986 metros, en el pico más elevado de la citada arista.

Ambas Pedrizas quedan netamente separadas por el amplio collado de la Dehesilla, de 1.451 metros, en el cual se inicia el arroyo de la Corbetera hacia el este, para pronto verter en el de Santillana, que va a desembocar directamente en el embalse de este nombre. Hacia occidente del collado corre el arroyo de la Dehesilla, el cual pronto se une con el de Poyos, que desciende de la Pedriza Posterior, los cuales, al juntarse, dan origen al arroyo de la Majadilla, que corre hacia el sur, desembocando en el Manzanares poco antes de iniciarse el estrecho o garganta de la Camorza, límite por esta zona del sitio natural de interés nacional.

Los límites meridionales de la Pedriza Anterior son, en realidad, imprecisos, pudiendo decirse que terminan allí donde el llano, más o menos quebrado, se inicia, siendo lo característico del macizo meridional de la Pedriza el constituir una amplia y escarpada loma perfectamente individualizada.

La Pedriza Posterior nos presenta límites claros, siendo éstos, por el norte y occidente, las vallonadas y barrancos que, iniciándose en el collado de Matasanos (1.961 m.), dan origen al arroyo de los Gavilanes, primero; al de los Hoyos de la Sierra, después, y siendo, finalmente, por esta zona, el



(Fot. F. Hernández-Pacheco)

Zona central de la Pedriz del Manzanares.

Manzanares el que limita a la Pedriz hasta su unión con el



(*Phot. E. H.-P.*)

Las Hoces Cimeras y, al fondo, la peña del Yelmo, en la Pedriz del Manzanares.

arroyo de la Majadilla, anteriormente citado. Por el norte, y hacia oriente, los límites puede decirse que están formados,

primero, por el arroyo de Matasanos, que se forma en el collado de este nombre, tributario del arroyo del Mediano, el cual, al separarse de los escarpes de la Pedriza hacia la cota de 1.080 metros, deja de limitarla, para ser sustituido por el arroyo de Santillana anteriormente citado y que corre más cercano de los pedregosos lugares.

Se ve, pues, que si bien la Pedriza Anterior entra por completo en los límites del sitio natural, la Posterior, en parte, queda fuera del perímetro, pues en él sólo se han querido incluir las zonas más escarpadas y típicas, siendo el carácter de la Pedriza Posterior el aparecer formada por una continua y aguda crestería que limita el terreno a manera de un gran anfiteatro.

Por lo indicado, se ve que las dos zonas comprendidas por las dos Pedrizas se complementan perfectamente: una, la Anterior, da frente a las amplias llanuras que se extienden al pie del Guadarrama, estando formado su macizo por un conjunto de lomas y barrancos, en los que predominan las amplias formas redondeadas, cuyo resumen o síntesis está dado por la gran cúpula del Yelmo. La Pedriza Posterior, al contrario, queda al abrigo de las elevadas lomas de la Cuerda Larga, siendo sus vertientes ásperas y escarpadas, y cuyos puntos más elevados aparecen coronados por agudas agujas o cortantes crestas graníticas, como las formadas por las Milaneras y los riscos del Pinganillo.

Entre ambas Pedrizas, junto al arroyo de la Majadilla, a la vista de amenas y llanas praderías, existe el albergue Giner, aproximadamente a los 1.320 metros de altitud, el cual facilita las excursiones y permite la estancia en estos espléndidos parajes.

A pesar de la grandiosidad que este conjunto rocoso presenta, sus verdaderas dimensiones no pueden apreciarse sino después de haberle recorrido, de haber salvado la verdadera entrada a estos dantescos lugares, la garganta Camorza, por la cual, transparente y espumoso, se despeña rápido el Manza-

nares, entre peñones y canchales, luego de haber corrido y pasado por hoces, corredores y angosturas.

Cuando se intenta ascender hacia las zonas altas, siguiendo en apariencia el camino más corto, los accidentes, vallonadas y paredones, cada vez más profundos y escarpados, se interponen al visitante, unos tras otros, tan numerosos e inesperados, que parece se forman a su paso para impedir que llegue al punto deseado. Cuando, fatigado, arriba al pie del Yelmo, quédase suspenso al contemplar de cerca la enorme y lisa superficie de la colosal cúpula, la cual se eleva a 80 metros sobre su cabeza. Desde su cumbre, la cual es necesario escalar *filtrándose* a través de estrechos corredores y angostas grietas, se contempla el conjunto de las Pedrizas, pudiéndose apreciar las dimensiones del macizo al compararle con la insignificancia de lo que allá abajo queda: los pueblos, los riachuelos y las carreteras, que, como pequeñas cintas claras, se pierden a lo lejos, en el llano.

Cualquier detalle, el peñón que se destaca al frente, al otro lado del barranco, o aquel agudo remate que corona el caótico montón de bloques que a lo lejos se distingue, al aproximarse crecen más y más, en proporciones insospechadas, y, ya a su lado, el visitante no es sino una pequeña mota que a otro observador pasa casi inadvertida.

CONSTITUCIÓN GEOLÓGICA DE LA PEDRIZA.—La Pedriza es, sin duda alguna, uno de los paisajes más típicos, formado casi exclusivamente por el roquedo; por lo tanto, su nombre no puede estar mejor empleado.

Es el granito, la piedra berroqueña, la casi exclusivamente representada en el macizo; por lo tanto, conviene que hagamos de ella una somera descripción.

Dicha roca entra en el grupo de las denominadas plutónicas, del dios Plutón, que en la antigüedad se creía habitaba bajo la corteza terrestre, en el interior de la tierra, lugares donde lentamente se han formado las grandes masas graníticas.

Aparece la roca constituida por tres minerales principales: el cuarzo, de color blanco traslucido, de brillo vítreo y de gran dureza; el feldespato ortosa, de color blanco opaco o ligeramente rosado y de brillo oleáceo, y por las micas blanca y negra, siendo esta última la más abundante. Las dos se presentan dando lugar a pajitas, escamas o placas de intenso brillo nacarado, siendo este mineral el más blando de los tres, y del cual, cuando se presenta en láminas grandes, pueden desprenderse, bien con la uña o con la navaja, hojuelas de gran finura y transparencia.

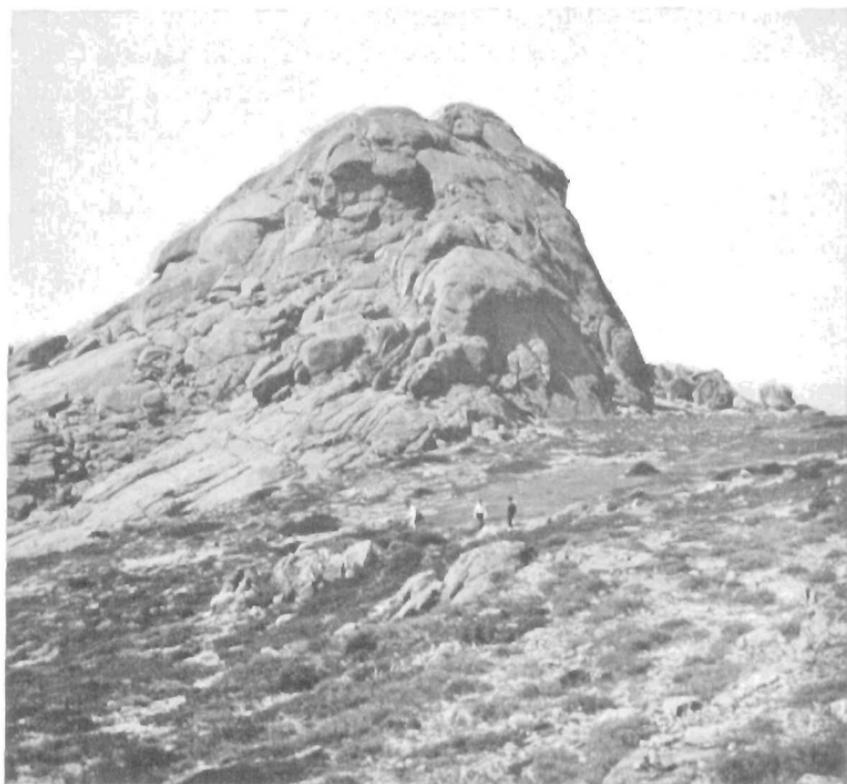
Los tres minerales se presentan íntimamente unidos, dando lugar a una roca dura, compacta y granuda, de coloración, en general, grisácea clara, pudiendo a veces ofrecer acentuado tono rosado, debido al color del feldespato.

Es frecuente que las masas graníticas aparezcan muchas veces inyectadas de otras rocas, las cuales dan lugar a pequeñas venas, diques o masas más o menos ramificadas, destacándose tanto por su distinto color como por su diferente consistencia, lo que puede dar origen a filoncillos muy frecuentemente rectilíneos que resaltan por su dureza en las superficies alisadas de los grandes canchos y peñones.

Los filoncillos de cuarzo, de pórfidos negros, de diabasas y de microgranitos, son las rocas más frecuentemente inyectadas en la gran masa granítica que constituye la Pedrizo.

Un carácter peculiar de las rocas de este tipo, y en particular del granito, es la de presentarse hendidas o agrietadas en determinadas direcciones, que, en un principio, cuando la roca nos presenta frentes o paredones donde aún la erosión no ha actuado con intensidad, destacan poco, y aun en ocasiones pueden pasar dichas grietas casi inadvertidas; pero en el largo transcurso del tiempo, al actuar sobre ellas los factores de la intemperie: la lluvia, la helada, los cambios de temperatura, etc., se ensanchan más y más y llegan a adquirir gran desarrollo, dividiendo y fragmentando a la masa rocosa en bloques diversos, pues las diaclasas están dispuestas en tres pla-

nos que aproximadamente se cortan en ángulo recto, originándose por esto, al alterarse la roca, grandes bloques, que en un principio pueden tener figuras más o menos paralelepípedicas, pero que no tardan, geológicamente hablando, en



La peña del Yelmo, en la Pedriz del Manzanares.

redondearse y tomar las formas más variadas y caprichosas, quedando reducidas, por destrucción de las piedras más deleznable y por el desplome de otras, a grupos de rocas con las más variadas y asombrosas posiciones de equilibrio, dando origen a conjuntos caóticos del más fantástico aspecto.

En las zonas más bajas, la alteración de la roca es más

gradual y uniforme, predominando, por lo tanto, las formas redondeadas; por el contrario, en las zonas más elevadas la erosión de la roca es más brutal, efectuándose dicha acción mucho más intensa e irregularmente; de aquí el que resulten for-



*(Fot. J. Tinoco.)*

Jaras en flor, en la Pedriz del Manzanares.

mas más agudas y atrevidas. Las dos Pedrizas, en sus diferentes conjuntos, nos muestran magníficos ejemplos.

En estos roquedales, los claros oscuros de la luz del sol o los, aún más acentuados, producidos por la iluminación de las noches de luna, la fantasía, al suplir lo que falta, nos hace ver en los perfiles de las peñas las más variadas y fantásticas

formas. Junto a la silueta de un colosal caracol se destaca la figura arrogante de un aguilucho; frente al perfil de un encauchado fraile, ríe a todo reír la grotesca cara de un gnomo o nos sobrecoge de temor la horrible mueca de un espantable monstruo.

En otros casos, nos sorprende cómo masas gigantescas, en forma de dados o mazas, pueden sostenerse sobre bloques cien veces más pequeños, pareciéndonos que el más leve empujón los precipitará al abismo, o cómo no ruedan por las escarpadas laderas, al menor soplo del viento, los peñones voladizos que avanzan atrevidamente sobre las altas cornisas.

A veces, el amontonamiento de bloques desprendidos de las laderas, al acumularse en el fondo de los valles y barrancos, parece nos han de impedir el paso; pero esto, por lo regular, sólo es aparente, pues entre los peñones suelen quedar resquicios o grietas por donde, arrastrándose, puede seguirse adelante. Una vez entre los bloques, al contemplar sus dimensiones y su paradójico equilibrio, nos atemorizamos, sintiendo la angustia de su peso y el temor de morir aplastados bajo aquellas colosales moles graníticas como la más insignificante sabandija.

Nótase en la Pedriza que, además de las grietas descritas o diaclasas, existen otras, infinitamente mayores, que corren paralelas entre sí de este a oeste, y, por lo tanto, en la dirección del Guadarrama. Estas grietas no son sino colosales roturas o fallas, a las cuales, en parte, es debido el gran encajamiento de las angostas hoces y de los valles principales, fallas que hacen que las Pedrizas formen, al contemplarlas en conjunto, una colosal gradería que desciende desde las altas cumbres de la Pedriza Posterior a los llanos que por delante de la Pedriza Anterior se extienden. La depresión que separa los dos macizos, las Hoces Cimeras, y la alternancia de pequeñas praderas y altos escarpes que se encuentran al descender desde el Yelmo hacia Manzanares el Real, son los ejemplos más claros del agrietamiento o desmembración del rocoso macizo de las Pedrizas.

Conviene indicar que, así como al Guadarrama se le considera como a una montaña vieja, si bien rejuvenecida en varias ocasiones debido a fenómenos tectónicos, este macizo de la Pedriz es quizá la zona más joven de la antigua cordillera, pues en realidad las masas graníticas que le constituyen, debieron de surgir hacia las zonas superficiales de la corteza terrestre, debido a intensos fenómenos de plegamiento durante la primera mitad de la época terciaria; es decir, en época geológica relativamente moderna en comparación con los alejados tiempos del fin del Paleozoico, que fué cuando comenzó a iniciarse el Guadarrama.

Fenómenos posteriores de intensa erosión, acentuados por fenómenos de hundimiento y fracturamiento acaecidos en el macizo central al final del Terciario, hicieron que desaparecieran los mantos sedimentarios que cubrían en parte las rocas graníticas y que con el tiempo se presentase la masa pétreo al descubierto y con el aspecto que hoy día la contemplamos.

**CARACTERÍSTICA DE LA VEGETACIÓN.**—Como se ha indicado, la vegetación tiene en el paisaje de la Pedriz un papel muy secundario; no obstante, merece ser tenida en cuenta.

En las zonas más bajas existen aún restos de encinar, pero formado por arbolado de escaso porte, el cual da lugar al chaparral, entre el que puede destacarse algún que otro enebro, pero siendo éstos, en realidad, muy escasos. Este arbolado, con las manchas oscuras de su follaje, destaca rudamente en los pelados peñascales.

En estas zonas es frecuente se desarrolle el jaral, siempre claro; lo mismo acontece en los valles no muy elevados, plantas que en los lugares donde el arbolado de encinas y enebros ha desaparecido, al florecer se encargan solas de alegrar con el moteado blanco de sus flores la rudeza del paisaje granítico. Estas matas predominan en los sitios no muy húmedos, y en particular en las laderas más soleadas.

Con el matorral de jaras suele convivir el cantueso, el cual, durante el largo período de floración, cubre irregularmente

de intensos manchones morados las laderas de los valles y los pequeños rellanos que entre el peñascal existen.



(Aquarela de Emilio Guinea.)

Flores típicas de la Pedrisa del Manzanares: peonia (*Paeonia broteri*); digital (*Digitalis purpurea*); cantueso (*Lavandula pedunculata*).

Aislados y escasos, destacan de vez en cuando los ramilletes de encendidas peonias, cuya fuerte nota de color nos sorprende agradablemente. Más humildes y numerosas crecen las digitales, las cuales brotan al pie de los peñones, tanto en

*Phot. J. Tinoco*

Formas de erosión en el granito de la Pedriza del Manzanares.

las zonas bajas como en las altas, y cuyas flores, de manchas rosadas, llaman la atención por su forma de dedo de guante.

En las zonas más elevadas, son las retamas las que al final del verano se cargan con la apretada y espléndida masa amarillenta de sus flores, las cuales embalsaman el ambiente con agradable y suave aroma.

Cubriendo el suelo, y ya en las zonas altas de la Pedrisa, se entremezclan, en complicada maraña de ramas y retorcidos tallos, los enebros, que con la altitud se han convertido en plantas rastreras, y las guayabas o bujarollas, haciendo la marcha molesta y lenta.

El arbolado en la Pedrisa puede decirse que no existe. Tan sólo en las zonas no muy elevadas de la Pedrisa Posterior, algún pino solitario se conserva aún, destacando entre los canchales y peñones. Su tronco y ramas, maltratadas por el viento, al crecer toman formas extrañas, y aun a veces fantásticas, las cuales contrastan con la esbeltez y arrogancia de los que crecen en los extensos pinares de Valsaín y de la Acebeda.

En las zonas más elevadas, y ya cercanas a las agudas cresterías cimeras, nos sorprende la presencia de secos y mutilados troncos de descortezados pinos, cuya lisa y blancuzca superficie suele mostrar la larga cicatriz que en ella dejó el rayo. Sus retorcidas y desnudas ramas y su aislamiento, indican la gran dificultad que esta especie encuentra para desarrollarse en las altas zonas, próximas ya al límite del arbolado.

En las praderías, siempre circundadas por escarpadas laderas o laberínticos canchales, son los narcisos, los lirios o las alegres margaritas los encargados de dar la delicada nota de color, salpicando la verde y mullida superficie.

En las zonas más húmedas y en las vallonadas umbrosas, los helechares son los que, con su verde intenso o sus tonos rojo-amarillentos, contrastan con el uniforme color de la roca.

Se ve, pues, que, aunque con escaso predominio, la vegetación es la encargada, en este áspero paisaje, de dar unas veces el tono dulce y plácido, que tan fuerte contraste ofrece con las pesadas masas rocosas. En otros casos, contribuye a acrecentar la rudeza de estos lugares, de gigantescos y agudos perfiles o de macizas y redondeadas formas.

## II

**ITINERARIOS DE LA PEDRIZA**

por

ANTONIO VICTORY

Presidente de la Real Sociedad Española  
de Alpinismo, «Peñalara».

DE MADRID A MANZANARES EL REAL.—El pueblo de Manzanares el Real, situado al pie mismo de la Pedriza, con fácil comunicación por carretera desde Madrid (medio centenar de kilómetros), es el punto indicado para comienzo de los itinerarios a la Pedriza. Dos carreteras diferentes llevan al viajero de Madrid a Manzanares el Real: la de la Coruña hasta Villalba, continuando desde aquí por el ramal que va a Manzanares, 18 kilómetros al pie de la sierra, paralela a la Cuerda Larga, y la de Irún hasta Fuencarral, luego la de Miraflores hasta la bifurcación entre Colmenar y Chozas, y finalmente la que bordea el embalse de Santillana hasta el mismo pueblo de Manzanares.

DE MANZANARES EL REAL AL REFUGIO GINER.—Desde Manzanares tenemos dos itinerarios a seguir: el del Refugio Giner y el de la peña del Yelmo. El más indicado es el camino al Refugio Giner, construido por la Real Sociedad Española de Alpinismo, «Peñalara», en el mismo centro de la Pedriza. Se sigue el camino junto a la orilla del río, que queda siempre a la izquierda. Al otro lado dejaremos la Ermita de la Sacra, sobre unas colosales masas de roca, y a los dos kilómetros aproximadamente de recorrido se une al camino que llevamos

el que viene por el paso que queda entre la barrera de la Pedriza y el Alcornocal, subiendo inmediatamente a una pradera, donde terminará la carretera que se proyecta de acceso al Sitio natural de interés nacional de la Pedriza de Manzanares. Este lugar es encantador y reúne todas las bellezas del paisaje montañoso: la pradera jugosa, de un verde brillante perenne, más acentuado por el contraste con la enorme masa desnuda y rosada de la Pedriza Anterior, muro gigantesco, infranqueable al parecer, que corona la cúpula inmensa del Yelmo, murallón de enormes lamiaras, templo ciclópeo formado por las convulsiones geológicas y la erosión; unos peñascos desgajados, a la izquierda, en que el humo muestra su utilización como refugio natural; el río al lado, pero no el manso Manzanares cortesano, sino el río joven, tumultuoso, que sale de la montaña de salto en salto, entre espumas y remansos de un color verde transparente, que sólo tienen las aguas que miran al cielo en los vasos de la montaña. Rincón agreste en que las jaras ofrecen sus delicadas flores y su perfume con el cantueso y el tomillo; la vegetación linda y modesta rinde su tributo a la roca dominadora, no ocultándola. ¡Qué diferencia entre la severidad del pinar guadarrameño y la austeridad de los altos circos de Peñalara, con la alegría de la Pedriza! ¡Cómo hermanan las aguas tranquilas de las lagunas con los paredones de Peñalara; la crestería de Siete Picos, con el pinar de Valsaín; el alegre Manzanares, con la rubia Pedriza! La sierra del Guadarrama es la sierra del equilibrio armónico entre los elementos del paisaje y de su variedad extrema.

Sigamos adelante. Ahora la senda trepando entre los peñascos se interna en la garganta del Manzanares, llegando a gran altura sobre el nivel del río, para volver a su orilla al término del desfiladero. La decoración cambia por completo. Después del estrecho en que el estrépito del río saluda constantemente al caminante, el paisaje se abre; es la cuenca del Manzanares coronada por las alturas de la soberbia Maliciosa,

las altas cúpulas de Cabezas de Hierro y la maciza Cuerda Larga.

El camino continúa junto al arroyo de la Majadilla, para cruzarlo a poco, y finalmente volverlo a pasar frente al Refu-



*(Fot. J. Tinoco.)*

El río de Manzanares a la entrada de la garganta de la Pedriza.

gio para alcanzar éste. En esta parte de recorrido se irá presentando el circo de la Pedriza, destacándose después la estribación del Risco del Pájaro, que, arrancando de la Cuerda de los Pinganillos, muere frente al Refugio. A la derecha habremos ido dejando la Peña Sirio, primero; el barranco de las Hoces, después, y cerca del Albergue, en los enormes mu;

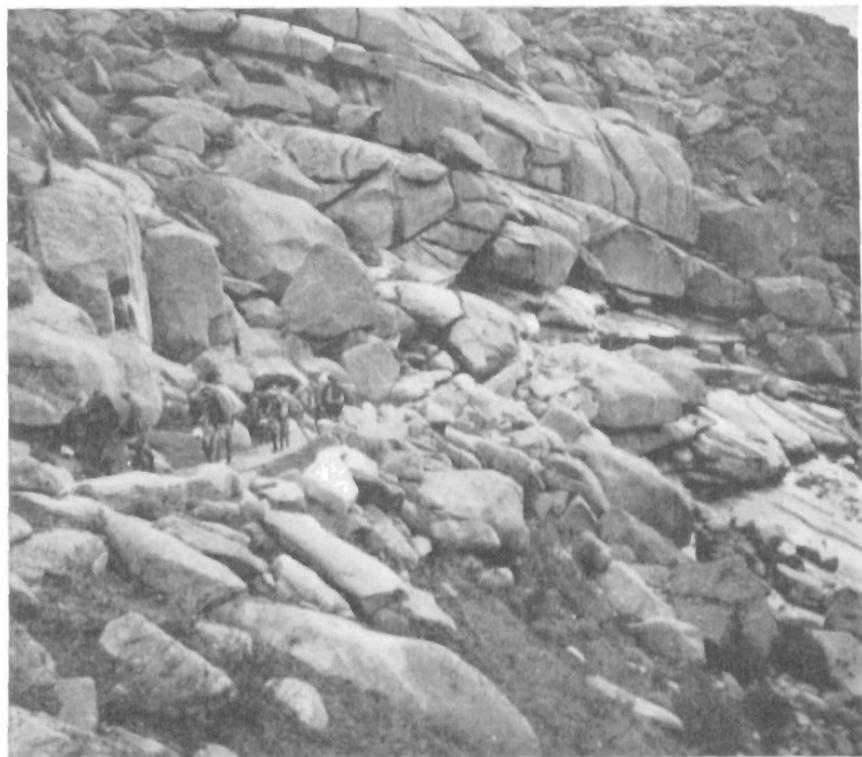
rallones, la Cueva de la Mora, difícil de encontrar si no se conoce su emplazamiento exacto y no muy fácil de visitar.

El Refugio de la Real Sociedad Española de Alpinismo, «Peñalara», que lleva el nombre de Albergue Giner, en recuerdo del gran educador, hállase situado casi en el cruce de las sendas naturales, de oeste a este, del collado Cabrón al collado de la Dehesilla, y de sur a norte, de la garganta al circo de la Pedriza Posterior, sobre los arroyos de la Majadilla y de la Dehesilla. Desde Manzanares el Real hasta este admirablemente emplazado refugio de montaña como punto de partida para las ascensiones alpinas a la Pedriza, habremos tardado dos horas por camino fácil, y es suficiente para formarse una idea del aspecto general del Sitio natural de interés nacional.

DE CHOZAS DE LA SIERRA AL REFUGIO GINER.—Otras dos rutas distintas pueden emprenderse para alcanzar el Refugio. Una, desde la vertiente este de la Pedriza, partiendo de Chozas de la Sierra, pintoresco pueblecillo situado entre prados, al pie de la atormentada línea de la Pedriza, subiendo después por el barranco de Coberteros, entre enormes cantos rodados, al collado de la Dehesilla; este collado, cuyo primitivo nombre, según Bernaldo de Quirós, es de la Silla, tal vez por la forma de algunas grandes piedras que se hallan en la misma divisoria, tiene una hermosa vista sobre la Pedriza, destacándose al fondo, después de varios términos montañosos, la silueta de la Maliciosa, telón corriente en los paisajes de la Pedriza; hacia el pico de la Herrada suben las rocas pulidas y rosáceas características de la Pedriza. El descenso al Refugio Giner desde el collado de la Dehesilla no ofrece dificultad, apareciendo el suelo constantemente cubierto de agallufas. Inmediato al albergue se encuentra el canto del Tolmo, el mayor de todos los cantos rodados de la serranía.

DEL PUERTO DE NAVACERRADA AL REFUGIO GINER.—La otra ruta es el camino verdaderamente alpino desde el puerto de Navacerrada; pero solamente puede hacerse por personas

bien acostumbradas a andar, pues precisa una marcha de varias horas con fuertes desniveles. Hay que subir desde el puerto a las Guarramillas, por el camino de los Ventisqueros, para coger el río Manzanares desde su nacimiento y seguir todo su curso; antes de que se una al Manzanares su afluente el arroyo



(Fot. J. Tinoco.)

La garganta Camorza del Manzanares, en la Pedriza.

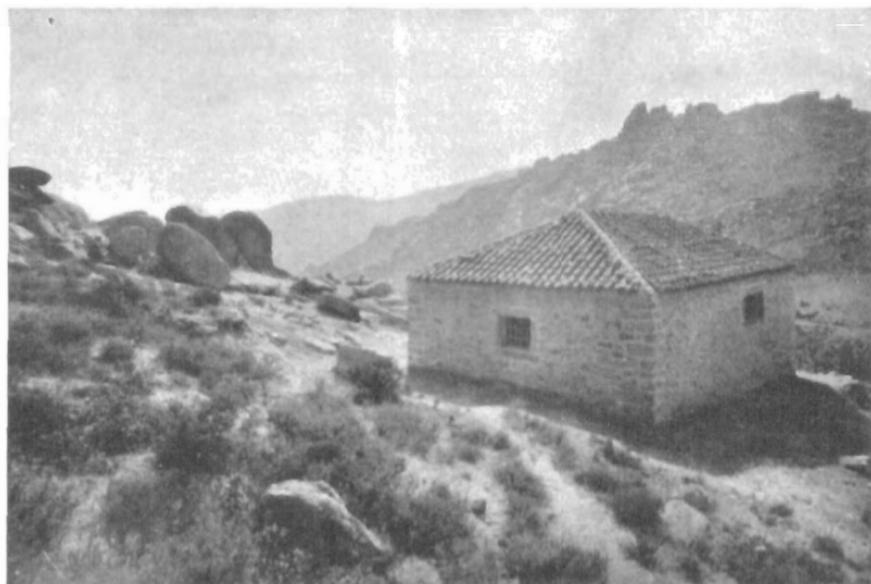
de los Hoyos, que, como hemos dicho anteriormente, bordea la Pedriza por el norte y oeste, hay que dejar el río Manzanares para entrar en la Pedriza por el collado Cabrón, frente al mismo refugio.

DE MANZANARES EL REAL A LA PEÑA DEL YELMO.—El otro

itinerario de acceso a la Pedriza que arranca de Manzanares es el del Yelmo o Pedriza Anterior; pero sígase cualquiera de las dos variantes principales del mismo, es precisa la compañía de una persona conocedora del terreno. Un camino para la peña del Yelmo arranca desde detrás del mismo pueblo, y por las peñas del Ofertorio y de los Abogados y la cueva del Ave María llega a la base de la peña después de dos horas largas de ejercicio fuerte, subiendo el sendero de meseta en meseta, unas veces por verdaderos escalones entre las piedras y otras entre recovecos y paredones, cruzando pequeños prados encantadores, siempre por sitios a cuál más pintorescos. La peña no se ve desde que se interna el sendero en la Pedriza hasta desembocar frente a ella misma, muy cerca del manantial ya citado. De ahí precisamente la dificultad del itinerario. Lo mismo sucede por el otro sendero, que arranca del camino de la garganta, en las praderas señaladas anteriormente; su recorrido no es menos pintoresco ni más fácil de seguir.

EXCURSIONES PARTIENDO DEL REFUGIO GINER.—Situados ya en el Refugio de la Pedriza, pueden emprenderse desde él infinidad de excursiones, relativamente fáciles algunas, y difíciles otras; pero siempre es conveniente, según se ha dicho repetidas veces, la compañía de persona conocedora del terreno, pues la Pedriza es laberíntica en grado sumo. Desde el Refugio puede alcanzarse la cumbre de la peña del Diezmo en una hora. Otra ascensión, más difícil y sólo recomendable a personas ejercitadas, es la del Risco del Pájaro o del Pinganillo, que desde el albergue es el más atrayente para un escalador. Hay que dar la vuelta al Risco por el lado norte para encontrar una fisura o grieta que da acceso a la divisoria de este espaldón del Pinganillo, llegándose al llamado Salón del Pájaro, y desde él, por la parte que mira al Refugio, atacar la Cabeza del Pájaro, imponente lamiar difícil de dominar. Si se conserva en condiciones de seguridad la cadena colocada por unos alpinistas para facilitar la ascensión, puede lle-

garse hasta arriba aunque sea una persona sola (siempre tratándose de individuo experimentado en este ejercicio); pero si ha de subirse sin estos elementos auxiliares, es indispensable para salvar el último escalón el concurso de varios alpinistas para izar al que deba subir primero a enganchar la cuerda. Por otra parte, la escasa altura del Risco del Pájaro no com-

*(Fot. R. González.)*

El Albergue Giner, en la Pedriza.

pensa el esfuerzo y riesgo de la ascensión; es un capricho para los aficionados a las escaladas, en las que es verdaderamente pródiga la Pedriza.

Si se quiere una excursión más sencilla, prolonguese el paseo siguiendo el espolón del Risco del Pájaro por la base norte y se encuentra el túnel, el castillo encima y, finalmente, unas bonitas praderas, y si se alcanza el eje mismo de la Cuerda de los Pinganillos, se admirará el pulido peñasco del Pico de la Herrada.

Un paseo más largo, difícil por el intrincado itinerario a seguir (no por tener que hacer funambulismos), es la excursión a Praopollo, por la Majada de Quila. Hállase Praopollo a un par de horas del Refugio, bajo los más esbeltos riscos de la Cuerda de las Milaneras.

DESDE EL PUERTO DE LA MORCUERA AL INTERIOR DE LA PEDRIZA.—Finalmente reseñaremos un último itinerario, que de una vez muestra por completo la Pedriza; pero es una marcha fuerte y larga, sólo para experimentados montañeros. Consiste en atacar la bravía y pintoresca Pedriza por arriba, desde la Cuerda Larga. Para ello nos situaremos en el puerto de la Morcuera, a nueve kilómetros de Miraflores, por carretera que sube rápidamente desde los 1.150 metros de altitud del mencionado pueblo hasta los 1.705 del puerto. La carretera sigue todavía, actualmente, un par de kilómetros hacia Rascafría.

Desde el puerto de la Morcuera ha de dirigirse el excursionista al collado que en la Cuerda Larga sigue en dirección este-oeste a la Najarra, desde cuyo collado se tiene una hermosísima vista sobre la misma Najarra (macizo bien diferente desde aquí a como aparece desde Miraflores), el embalse de Santillana y la Pedriza en su cara oriental. Siguiendo la Cuerda hacia Poniente, se pasa la cumbre que sigue a la Najarra por el lado sur, donde existe un manantial, y se sube suavemente después hasta las altas lomas de los Bailänderos. De aquí arranca en dirección sur la línea Torre de la Pedriza-Pedriza. Excelente vista para formarse idea plena de la topografía del Sitio de interés nacional. La Torre se bordea fácilmente; espléndido panorama sobre los riscos de la Cuerda de los Pinganillos.

Sin dificultad se puede situar el excursionista en el collado entre la Torre de la Pedriza y la Pedriza misma y alcanzar la máxima altitud de ésta (la cota de 1.986 metros).

De aquí a Praopollo es tal vez la parte más interesante, en la que se salvan unos 200 metros de desnivel. Ya en Praopo-

llo se encuentran las sendas habituales de la Pedriz, no por eso menos difíciles de seguir.

La Pedriz de Manzanares es la curiosidad de la sierra del Guadarrama y no cansa jamás a un montañero de corazón, pues siempre resulta nueva; en cada excursión encontrará una sorpresa, algo que le interese para ver más detenidamente en el próximo viaje, y de continuo el excursionista goza de la emoción de buscarse él mismo el camino más conveniente, emoción que desaparece en los parajes más trillados o exageradamente fáciles.



*(Dibujo a pluma de J. Delgado Ubeda.)*

Paisaje de la Pedriz del Manzanares.

## III

**HISTORIAS Y LEYENDAS**

por

ARNALDO DE ESPAÑA

Secretario general de la Real Sociedad Española  
de Alpinismo, «Peñalara».

Dado el aspecto impresionante y grandioso de la Pedriza de Manzanares el Real, nada tiene de extraño que la popular fantasía, siempre en activo, prolífica y certera, colgara en estos parajes lo más florido de sus ocurrencias fantásticas, aderezando un poco las historias auténticas e inventándolas por completo allí donde no existían. El lugar es propicio, y sin reservas las sugiere hasta en las mentes menos impresionables, pues a ello se presta lo intrincado de sus múltiples rincones, tenebrosos y sugestivos a la vez, donde se encuentran configuraciones caprichosas y casuales tan perfectamente determinadas, que parecen en verdad restos de algún cataclismo habido en un museo de esculturas.

Los riscos de la Bota, las Damas, la Mitra, el Elefante, las Milaneras, el Pájaro, el Dante, la Silla, las Tres Gracias, Canto Redondo, el del Ofertorio, el Cañón, la Cabeza, la Momia, Quebrantaherraduras, Corredor del Miedo, el Yelmo o Diezmo, los Pinganillos, la Torre, Arroyo del Cuervo... y así hasta completar la nomenclatura de los picos y sitios más curiosos, son nombres elocuentes y adecuados que por sí solos indican, además de la forma afectada por la piedra que designan, la historia del lugar a que se refieren, llevando anejos, verdad o ficción, recuerdos de alguna tragedia personal o colec-

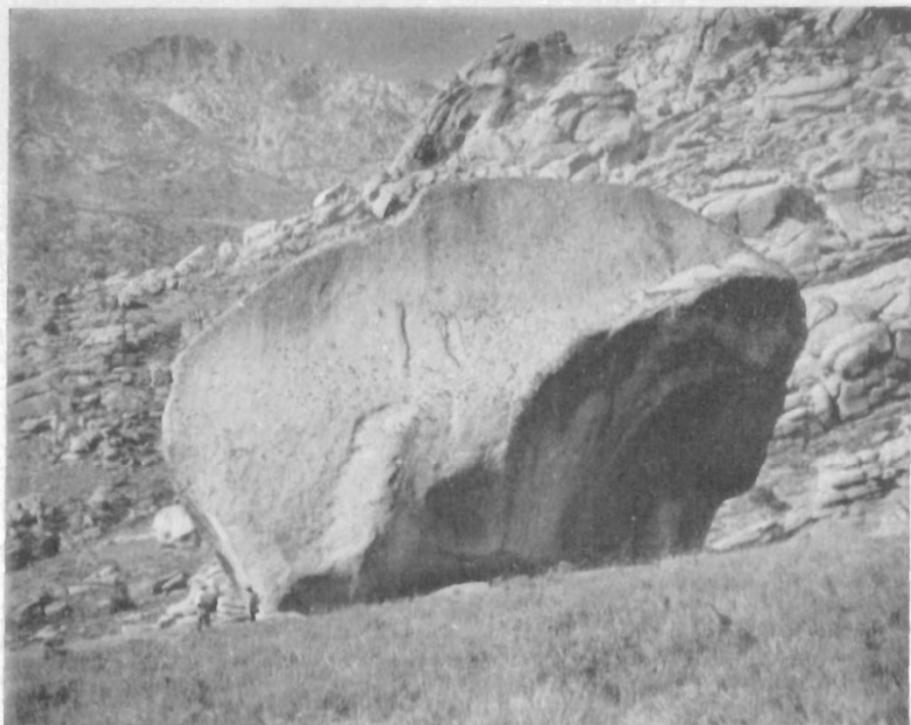
tiva. También suelen ser con frecuencia simples sugerencias ideales que tienden a justificar aquella configuración que señalan.

Difícil es, por lo tanto, separar lo real de lo inventado, ya que las tradiciones, al correr de boca en boca, sufren aditamentos de detalles que las complementan o desfiguran; pero de todos modos constituyen, en fin, un pintoresco conjunto de fábulas entretenidas. La mayoría se basan en motivos de gran vulgaridad, careciendo por ello de interés; mas hay algunas, sin embargo, como la de la Cueva de la Mora, en las proximidades del Refugio Giner, de la Real Sociedad Española de Alpinismo, «Peñalara», y emplazada frente a su fachada principal, colgada materialmente a considerable altura en medio de lisa pared, que es de las que más carácter tienen dentro del tema conocido por común a todas las serranías, y que casi se deduce de lo explícito de su denominación: una historia de amores desgraciados entre una belleza mahometana y un caballero cruzado.

Se cuenta que... la hija más bonita de un árabe ricachón prendóse fatalmente de un gallardo doncel cristiano, que, dolido por los inconvenientes que hacían imposible su pasión, marchóse desesperado a luchar contra las legiones del Profeta. Secuestrada por sus familiares, la joven infiel sucumbió prisionera en el pequeño recinto, al que transmitió su nombre en memoria del episodio, y como roto el idilio, el caballero no volviera, ignorándose si desistió de la dama o pereció con su nave allá en los mares de Oriente, ella, la mora, constante a las promesas juradas tantas veces ante el ara de la propia Naturaleza, en pleno escenario apoteósico del circo de las Pedrizas, vaga en espíritu por los canchales durante determinadas fechas del año, precisamente aquellas en que supuso volvería el galán de sus amores, y que penando por su regreso, que aguarda todavía, tiene la esperanza de poner fin a sus grandes ansias de espera que la muerte prematura no pudo acallar.

El que visite esta cueva, de fácil encuentro, pero de difi-

cultosa escalada, comprenderá lo imposible de trasladar a lugar tan expuesto, verdadero nido de aguiluchos, a personas delicadas, como lo sería la joven mahometana, no yendo ata-



(Fot. F. Hernández-Pacheco.)

El canto del Tolmo; monumento natural al filósofo y pedagogo  
D. Francisco Giner de los Ríos.

viados como para las trepadas se requiere, indumentaria no en boga, de fijo, en aquellos tiempos de quimera.

De menos galas sugestivas, con el tinte crudo de la verdad plagada, además, de crímenes y tragedias, existen historias reales escritas por los bandidos a su paso por estas montañas, allá en siglos pretéritos, dentro de la era contemporánea actual, por lo que con todo detalle podemos señalar algunas. Recopiladas están en obras editoriales, y entre los mentores que nos las legaron con sus sintéticos relatos verbales, se en-

cuentran los pastores pedriceros, centenario alguno y hasta personaje principal de los sucesos registrados.

El lobero de Miraflores, Antonio Robledo, apodado «el Francachela», y que había dado muerte a 219 ejemplares, contaba historietas de esta fauna, entre las que resultaba de sumo interés la de la loba «Saltarina», que tanto revolucionó las huestes pastoriles de la Pedriza.

El cabrero Bautista Montalvo, del pueblo de Matalpino, al pie de la Cuerda de la Maliciosa, relataba escenas en las que, por su desgracia, resultó parte muy interesada. A poco de robar el bandido Pablo Santos al hijo único de doña Braulia del Valle, habitante en el Boalo, y devuelto contra rescate crecido, sus secuaces quitaron al pastor que narra su magnífica escopeta, objeto de algún valor que llevaba encima. Reciente aún esta expoliación, hicieron lo propio con un tabardo que estrenaba, de fuerte paño de Riaza. La posesión de esta prenda motivó disensiones, y uno de los codiciosos, llamado Isidro el de Torrelodones, mató de un trabucazo a su jefe Santos, que cayó junto a la cerca de los Huertos, cuyas ruinas se ven todavía al pie de la vertiente meridional de la Cuerda del Hilo de los Porrones. De este malhechor se encuentran descendientes regenerados en algún pueblo de la sierra.

La Ermita de la Sacra, frente a las dehesas de entrada a la Pedriza; la Peña de los Gangas, con su trilogía de cruces que así lo recuerda, situada cerca de la garganta del río Manzanares, y el conocido Cancho del Campo Santo o de los Muertos, primera eminencia de la Cuerda de las Milaneras, a 1.292 metros de altitud, son pruebas patentes de las fechorías de estos pobladores, hace tiempo descastados, siendo esta última la de mayor emoción y detalle que se conoce, cuya es esta historia verídica.

La partida acampada en aquellas cercanías tenía por capitana involuntaria a una señorita de pudiente familia madrileña que había secuestrado, y que el jefe reservó para sí, creyendo ganar algún día su inclinación. Una vez en que tuvo

que salir de los canchales, abandonando el campamento, confió el cuidado de la dama a dos de sus subalternos que mayor



*(Fot. Y. Tinoco.)*

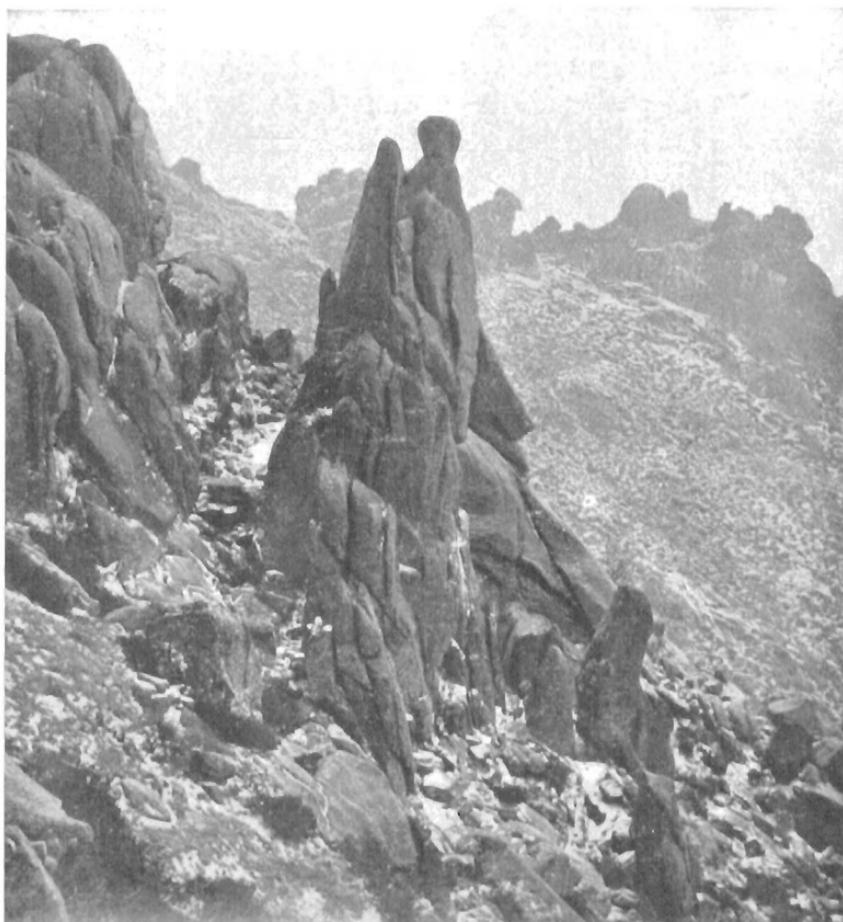
Muro granfítico del callejón de las Abejas, en la Pedriz del Manzanares.

confianza le inspiraban; mas como no siempre la merecen aquellos en quienes se deposita, los designados pensaron aprovechar la ocasión y abusar de la detenida. Emplearon el siste-

ma del sorteo para saber cuál sería el agraciado, y, puntualizado por el azar este extremo importante, dispusieronse a la cobardía. La infeliz muchacha, aun sin saber cuanto contra ella se tramaba, comenzó a pedir auxilio cuando vió aproximarse al forajido, de inquietante aspecto, acudiendo en su ayuda el otro guardador, que, despechado, luchó con su camarada, consiguiendo darle muerte. Cuando el jefe regresó y enteróse del suceso, sancionó el castigo del que ya no existía, obligando a su matador a llevarle al Cancho de referencia, desde donde fué despeñado. Pedido consejo al resto de la banda para penalidad del matador, fué condenado por unanimidad a la misma suerte que su compañero, por lo que el jefe, ante el fallo general, que coincidía con su deseo, dió un émpellón al delincuente, tirándole por la misma barranca donde cayera el anterior. Bien por instinto de conservación o por venganza, agarróse el sentenciado a una pierna del que le empujaba cuando, perdido el equilibrio, caía, y ambos sufrieron así la pena que sólo para uno se había decretado. Los tres cadáveres formaron montón en el fondo del abismo, y, al decir de las gentes, aún se ven en el propio lugar a que cayeron. La banda dispersóse al verse así destruída, y la dama origen inconsciente del suceso vagó por aquellos vericuetos complicados de la Pedriza sin acertar a escapar de ellos, hasta que un pastor llamado el Mierlo la encontró, y, enterado de su triste odisea, transportóla a Madrid, reintegrándola a su familia, que ya la suponía muerta. El buen proceder fué recompensado con cantidades, dones y promesas, que rehusó el pastor, prefiriendo volver a sus breñas y ganados, muriendo a su vez violentamente en un lugar próximo al collado de Val de Halcones.

Otra versión, dualidad que nunca falta en estos casos, asegura que la muchacha también fué despeñada por el mismo sitio, y que sus huesos causaban horror por haber quedado de pie y conservar las vestiduras, que le daban atroz aspecto. Alguien, más decidido que la generalidad, aventuróse a llegar

al macabro rincón, y, registrando las ropas, encontró buena cantidad de monedas de oro, que dió origen a una fortuna de



*(Fot. J. Tinoco.)*

Risco de las Damas, en la Pedriz del Manzanares.

importancia, cuyo actual poseedor se señala como cierto en el pueblo de Colmenar.

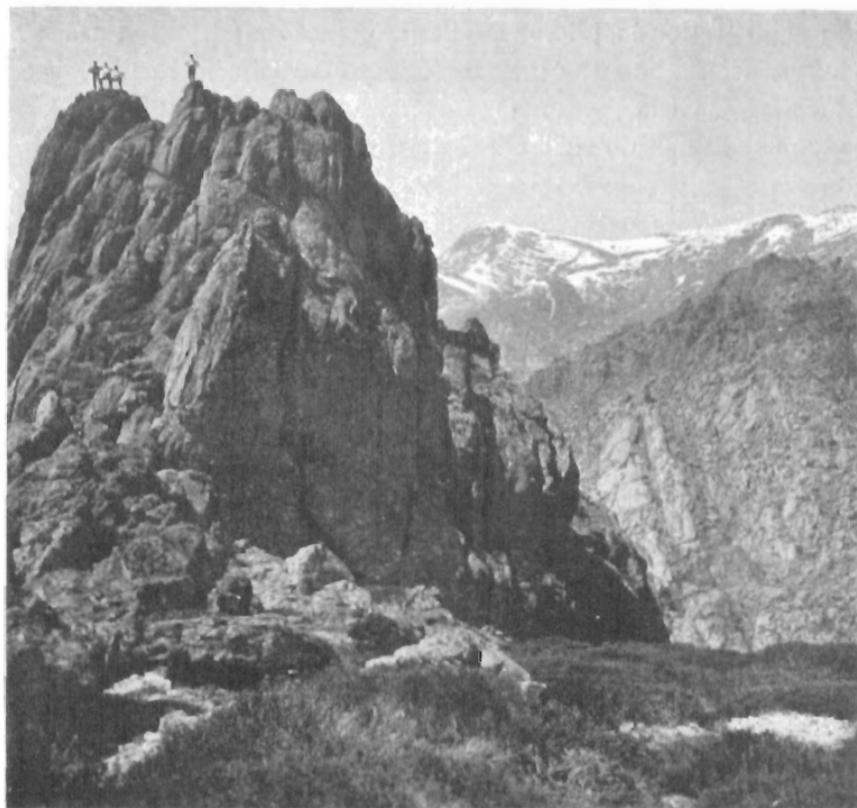
La última narración conocida de estos bandoleros, y de la que más detalles tengo por haberlos recogido personalmente

de labios de los descendientes de los personajes en cuestión, es la siguiente <sup>1</sup>:

Dominaba en la Pedriza la banda de Francisco Villena, llamado Paco el Sastre, cómplice de Luis Candelas y de su misma partida, recién fugado de las prisiones del Saladero, de Madrid, donde tal vez meditara planes de acción para los suyos. Era el año 1839. El Intendente del Palacio Real, Marqués de Gaviria, persona reputada y conocida, poseedora, además, de una de las mayores fortunas de Madrid, tenía dos de sus hijos varones, Manuel y Paco, de doce y diez años de edad, en las Escuelas Pías de San Antón, de la calle de Hortaleza. Alguna vez iban a recogerlos para llevarlos a una finca existente en Valdemoro, propiedad de sus abuelos, por lo que nada extrañó que un día, 27 de abril del año antes dicho, parase a la puerta del Colegio un coche de camino, como era costumbre, y que, previas las formalidades de rigor con el hermano encargado de la portería, y autorizados por el rector, a quien se presentó una carta apócrifa de orden, salieran confiados los hijos del Intendente creyendo ir a ver a su padre, enfermo de imprevista gravedad. Con la precipitación del momento y los manejos del lacayo, falso sustituto del criado Luis, harto conocido de los niños, éstos no tuvieron tiempo de recapacitar sobre el caso; así que, sin resistencia ni dificultad, fueron apresuradamente empaquetados en el coche, que partió velozmente cascabeleando las colleras de sus cuatro mulas de tiro. De forma tan sencilla arrancóse de su residencia a los dos pequeñuelos, por los que había de pedirse después pingüe rescate. El rector, asomado a una ventana, presenciaba la marcha de sus aristocráticos discípulos, y cuál no sería su sorpresa al ver tomar al coche dirección de afueras de la capital, contraria a la debida, coche que, además, no era el que llevaba en sus portezuelas las armas de la Casa, sino un vulgar carruaje de alquiler con caja pintada de verde y

<sup>1</sup> Datos facilitados por la Condesa de Buena Esperanza, madre del actual Marqués de Gaviria y sobrina carnal de los secuestrados.

juego de ruedas rojo con franjas doradas. Inmediatamente desplazó un demandadero al domicilio del Marqués, que preguntó prudentemente «cómo se encontraba el señor», recibiendo el recado el propio interesado, que, vestido de gran



(Fot. J. Tinoco.)

Risco de los Gavilanes, en la Pedriza del Manzanares.

uniforme, se dirigía a Palacio. Así quedó comprobado el robo de los niños, que nadie se explicaba, y para su ratificación no tardó en recibirse, por medio del pastor Manuel Perea, una carta de puño y letra de uno de los secuestrados, en la que rogaba la entrega de 300 onzas de oro que querían los bandidos por ponerlos en libertad. La policía y tropas nacionales

pusiéronse en actividad, averiguando por los empleados del resguardo que el coche salió de Madrid por la puerta de Santa Bárbara, camino del pueblo de Hortaleza, y por un cabrero que facilitóles víveres, y que adujo noticias acertadas, se supo, en fin, que, llegados al poblado dicho, despidieron el coche, pagando sesenta reales por el servicio; que cada niño fué montado en un caballo, negro y blanco, respectivamente, a la grupa con sus raptos, y que atravesando la serrota de San Pedro se internaron en la Pedriza, donde tenían su guarida. Hacia esa parte de la sierra se encaminaron, pues, los perseguidores, quienes, estrechando el círculo con eficaz estrategia, hicieron huir a los bandoleros, siendo así recuperados los niños por el encargado de la fábrica de papel de Manzanares, que iba al frente de diez hombres del regimiento de la Reina Gobernadora, secundada su acción envolvente por tropas de Caballería y de ligeros, policías y milicianos. A los pocos días, y por casualidad, fueron detenidos en un establecimiento de Madrid algunos de los culpables y el jefe Villena, que, castigado por sus muchos delitos, no por éste, en el que no se le pudo demostrar responsabilidad, fué ejecutado el 20 de julio del mismo año.

Como el delito trascendió a todas las clases sociales, dada la categoría y popularidad de los interesados, así como por la índole del suceso, que interesó a todas las familias, organizaron manifestaciones para recibir a los libertados, que en lucida comitiva de público y escolta, dirigieron desde las afueras de la corte a su casa de la calle Mayor, número 16, en cuyos balcones tuvieron que comparecer, requeridos por la multitud, que les hizo objeto de una ovación delirante. Los pequeños contaron curiosos pormenores, y por ellos se supo que estuvieron escondidos bajo el Canto del Tolmo, piedra monumental arrastrada por su peso hasta el barranco de la Dehesilla, donde había un campamento; que los habían tratado con toda consideración, forzándoles a comer y beber para que no se desmejorasen; que habían llegado a tomar afecto a

uno de sus guardianes; que cuando les dictaron la carta pidiendo el rescate, creyendo favorecer a su padre, rebajaron con toda inocencia un cero de las 3.000 onzas que pedían, resultando así sólo las 300 que habían consignado, y que cuando los soldados cercaron la guarida les cobijaron en un canchal, recomendándoles no asomarse hasta el final de lo que sucediera, creyendo darían una batalla; pero como por miedo a herir a los pequeños, los perseguidores no dispararon, estrechando cada vez más el círculo, los bandidos huyeron al fin, abandonando su presa. Entonces salieron corriendo los niños y se unieron a las tropas, recobrando así su libertad sin pago de cantidad alguna.

De este modo terminaron las hazañas de todos los bandoleros de la comarca en la excelsa Pedriz del Manzanares, rincón tenebroso de la serranía madrileña por la magnitud de sus acantilados e ingentes agujas, que, sin embargo, al ser doradas por el sol, especialmente el crepuscular, de congestionados matices, agudizan el color rosado de sus feldespatos, determinando una grandiosa y magnífica visión plena de belleza y paz.

# EL PINAR DE LA ACEBEDA

## I

### DESCRIPCIÓN E ITINERARIOS

por

ANTONIO VICTORY

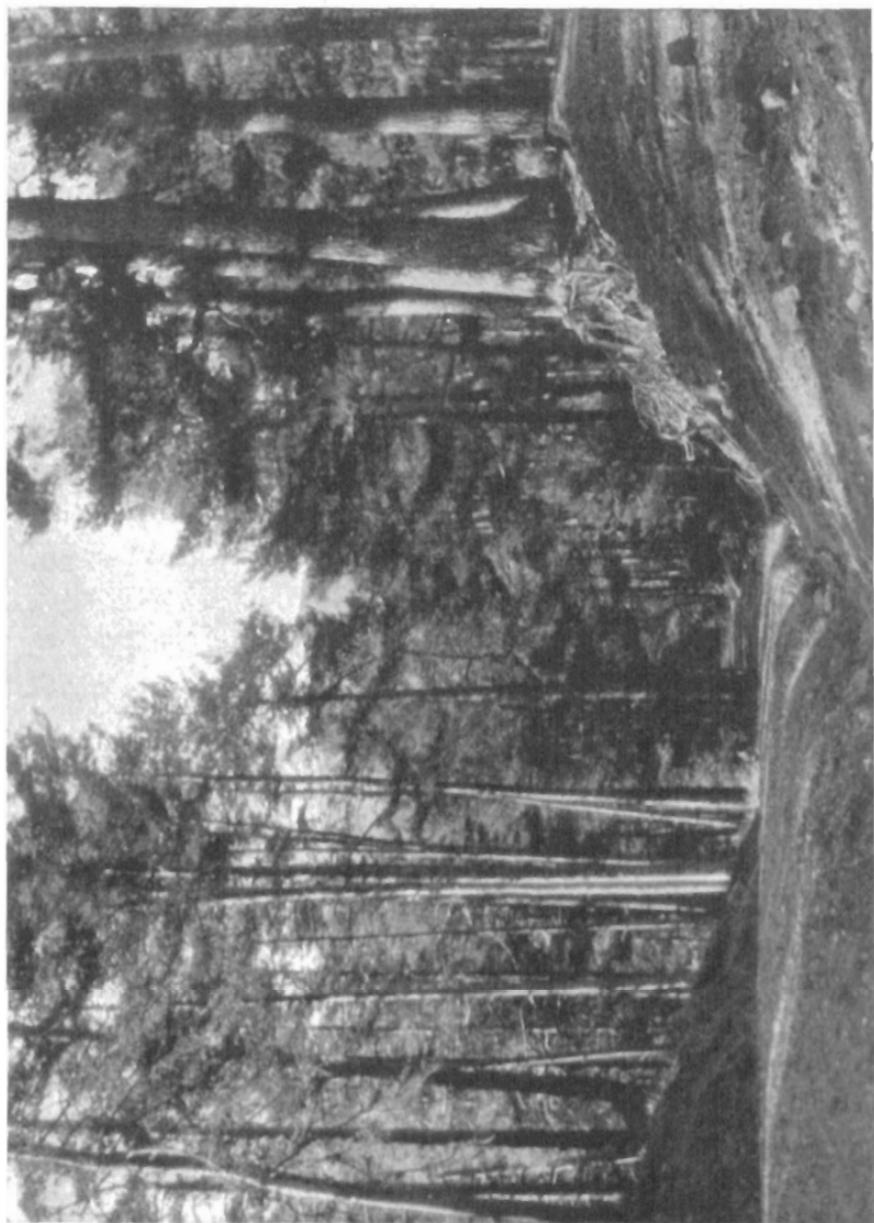
Presidente de la R. S. E. de A., «Peñalara».

Diffícilmente puede precisarse, dentro del inmenso océano de pinares de Valsaín, cerrado por los macizos de Peñalara y Guarramillas al este, Siete Picos y Montón de Trigo al sur y la cuerda de la segoviana Sierra de la Mujer Muerta, al oeste, elevados nudos guadarrameños que forman el cóncavo que recoge las aguas del río Eresma, cuál es la parte más bella e interesante de la más espléndida pinada española para señalar como Sitio de interés nacional de belleza natural. Condiciones adecuadas para esta distinción las reúne el Pinar de Valsaín en las inmediaciones del popular sitio de la Boca del Asno, donde junto a la majestuosidad de los árboles gigantes, pone su nota alegre el río charlatán; igualmente en el pinar más severo de la abrupta caída de Dos Hermanas hasta la Venta de los Mosquitos, ladera bravía en que el bosque, apretado, niega el paso del hombre por senderos, que los helechos y herbazales borran pronto con su fuerte vegetación; pero en la parte occidental, en el barranco del río Acebeda, es donde el soberbio pinar adquiere la variedad más completa: pinos recios, esbeltos, largos, que la imaginación trueca en gigantescos mástiles de navíos aventureros de otras épocas; pinos retorcidos por los vientos, de ramas como seres fantásticos de un infierno dantesco; pinos apretados en selva que parece no conocer a su enemigo el hachero; serenas praderías; manan-

tiales cristalinos; el río, cantarín y juguetón, que se llama de la Acebeda o Acebo en recuerdo de unos hermosos acebos que en su margen izquierda ponían su nota brillante y su fruto rojo en el mate color de los pinares. Y, además, el valle de la Acebeda tiene por el sur una entrada digna: la calzada romana, y una comunicación que podrá hacerse cómoda con la construcción de un ramal de carretera, no larga, y arreglo de algún camino, en forma que pueda unirse el pueblo de Cercedilla, el mejor situado para las excursiones a la mayor parte de la sierra, con Valsaín, por el puerto de la Fuenfría, que ya los romanos eligieron como paso serrano más adecuado para la comunicación de las tierras de Segovia con la parte sur del Guadarrama. La comunicación con el Real Sitio de la Granja abrió el paso de la Sierra por el puerto de Navacerrada; la belleza del Sitio natural de interés nacional del pinar de la Acebeda debe completar el acceso por el de la Fuenfría, cerrando entonces el más bello circuito forestal que puede hacerse en Guadarrama y que descongestionaría la aglomeración de turistas en el puerto de Navacerrada, que tendría ruta abierta hacia el este y el oeste.

ITINERARIO DESDE CERCEDILLA.—Lleguemos, pues, al sitio de la Acebeda desde Cercedilla, punto de fácil acceso por ferrocarril y por carretera. Detrás de la estación de Cercedilla parte la carretera, que, en dirección norte, se adentra pronto en el valle de la Fuenfría, que en Guadarrama nos trae un recuerdo de los paisajes del norte de España; a poco más de dos kilómetros la carretera se divide: el ramal de la izquierda sube al Sanatorio de la Fuenfría, y el de la derecha, a las Praderas de las Dehesas, lugar agradable en extremo, de bonita y varia perspectiva en todas direcciones, donde se levanta la Casa Forestal de los Ingenieros de Montes, para morir poco más arriba, ante el Puente del Descalzo, precioso resto de la calzada romana, ruta que seguiremos durante tres kilómetros que quedan para alcanzar el puerto de la Fuenfría (1.795 m.), entre el Cerro del Minguete (2.023 m.), a la izquierda, y el Cerro Ventoso (1.965 m.), a la derecha.

La calzada sube rudamente; sus grandes losas y sus baran-



(*Ret. A. Victory.*)

La carretera forestal en el pinar de la Acebeda.

dales se conservan a pesar de sus veinte siglos; por aquellas

Si desea internarse aún más en el pinar, no debe abandonar el excursionista la carretera forestal. Es el camino más



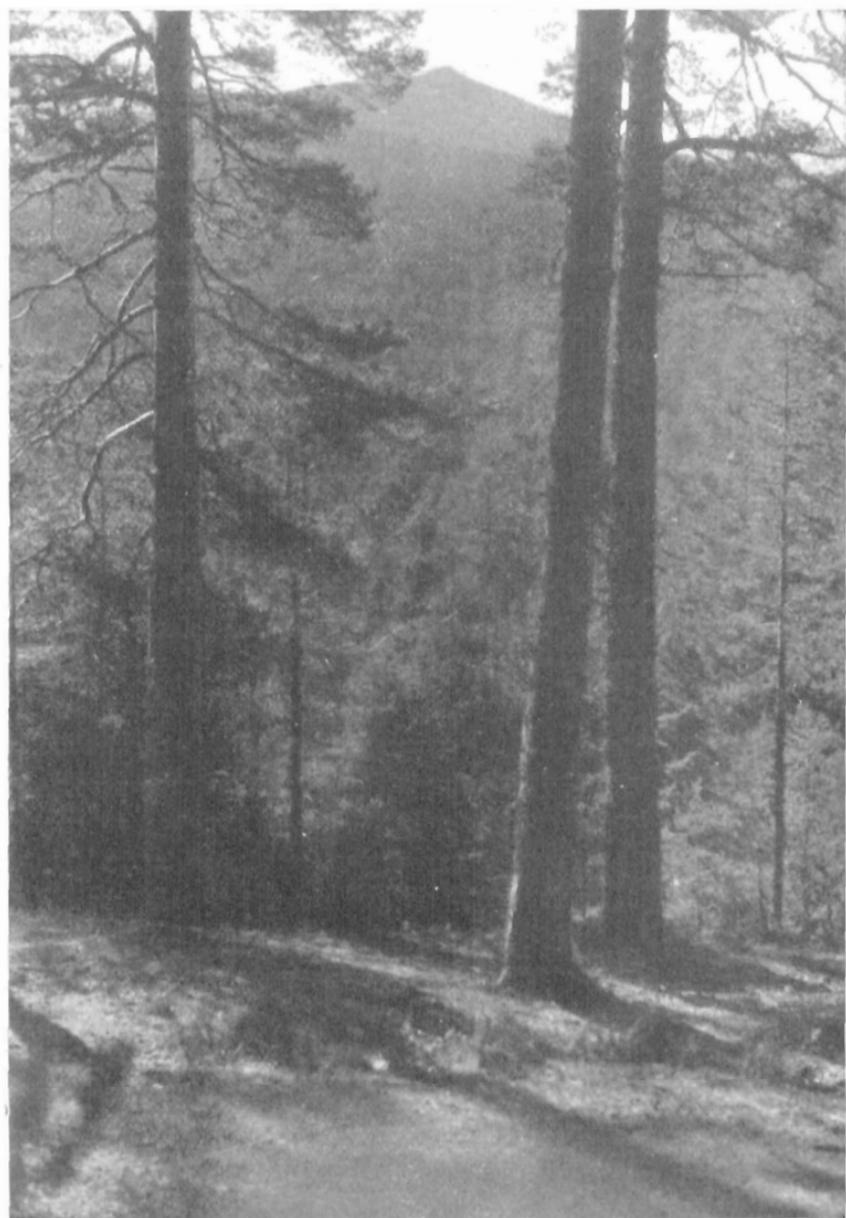
*(Fot. A. Victory.)*

Niebla en el pinar. Calzada romana en la vertiente norte de la sierra.

cómodo e interesante y que le permitirá comprobar la varie-

dad de aspectos del pinar de la Acebeda. La carretera entra de lleno en el apretado bosque de la Acebeda. Primero son los pinos rectos, hermosos, gemelos de los del rico pinar de Valsaín; después el barranco se estrecha mucho, y los árboles, más delgados, materialmente unidos unos a otros, sin alcanzar por tanto el desarrollo que en otros lugares, cubiertos los troncos de líquenes, apenas dejan sitio al camino. Es un recorrido de pinar obscuro, impresionante, algo triste, en que se agradecen los momentos en que, volviendo la vista atrás, pueden verse las altas cumbres que forman la cabecera del valle dominando aquella intrincada selva. Luego el pinar vuelve a ser más abierto, más verdes y corpulentos los árboles, y aparecen de nuevo los musgos y las praderas, el terreno jugoso de antes; el camino se inclina a la derecha para volver a salvar la cuerda de las Camorcas, y el río a la izquierda, para buscar la llanura de Segovia ante los cerros de Cabeza Grande. El Sitio natural de interés nacional ha terminado. La carretera forestal vuelve a la cuenca del Valsaín y a poco sorprende por la brusquedad en el cambio del paisaje: ahora es el macizo de Peñalara y las Cabezas de Hierro, Guarramillas y Siete Picos, las enormes moles que limitan el aun más enorme pinar de Valsaín. Cuatro kilómetros más abajo, de cuesta más acentuada, y habrá terminado la carretera forestal en la de Villalba a La Granja, en el pueblo de Valsaín, a tan sólo tres kilómetros del Real Sitio.

La tercer ruta que puede seguirse para recorrer el valle de la Acebeda, teniendo un poco más de costumbre de andar por montes, es abandonar la carretera forestal en las praderas de la Fuenfria e internarse más en el corazón del pinar, buscando rápidamente el río, que apenas habremos visto siguiendo la carretera forestal. Hay un sendero que junto a un arroyuelo encuentra pronto el río Acebeda, que todavía presenta un caudal escaso. Pero este sendero aun ofrece dos variantes al bifurcarse pronto: el ramal de la izquierda cruza el río Acebeda a poco de su nacimiento, al unirse el arroyuelo que baja



*(Fot. A. Victory.)*

El denso bosque del pinar de la Acebeda; al fondo, la cumbre de la Mujer Muerta.

de Tirobarra con el que desciende del mismo Montón de Trigo, y bordeando un pequeño contrafuerte de la sierra norte de la Mujer Muerta, sube hasta juntarse al sendero que viene del mismo collado de Tirobarra, recorrido entre pinar fuerte entre grandes helechales. Después sigue paralelo al río Acebeda, cruzando la zona más apretada de pinar y más seca, aunque no llega a sitios tan espesos como los inmediatos a la carretera forestal. Junto a este camino que seguimos aparecen más adelante grandes masas de acebos, o mejor dicho aparecían, pues los matorrales más bonitos de la sierra, a los que debe la región entera su nombre, han sido víctimas del hacha.

Es de esperar que con motivo de la distinción que oficialmente ha merecido el bosque de la Acebeda, vuelvan a crecer y a respetarse los rodales y matas de los bellos acebos, que tanto encanto y hermosura ponen en el pinar.

El camino tuerce a la izquierda y llega en el último collado norte de la cuerda de la Mujer Muerta junto a una excelente fuente; salvada la divisoria, baja todavía entre pinar robusto hacia los llanos segovianos en busca de Revenga y Riofrío, que pone su nota severa en el ocre luminoso de la llanura.

El ramal de la derecha llega al río de la Acebeda, naturalmente, algo más abajo; lo cruza por el vado de Palominas y sigue por la orilla izquierda junto al río durante un kilómetro; después el sendero se bifurca: a la derecha es el camino de Navalturnero, que pasa el río y gana la carretera forestal, y a la izquierda sube en busca del camino que hemos descrito anteriormente.

Hay, pues, senderos y caminos para todos los gustos, y siguiendo la carretera forestal, el excursionista hallará numerosas indicaciones de toponimia y altitudes puestas por el Patrimonio. Por todas partes el terreno es accesible y bello siempre, en sus pinares apretados y oscuros, en sus praderías rientes, a través de los caminos que forman los surcos de

las carreteras, junto al río de rápida corriente y cristalinas aguas, y en todas partes la quietud y el aislamiento hacen aún más íntimo el contacto con la Naturaleza y justifican la designación de este pintoresco rincón del Guadarrama como una de sus más bellas zonas merecedora del nombramiento de Sitio natural de interés nacional.

## II

**LA VEGETACIÓN**

por

EMILIO GUINEA

Del Jardín Botánico de Madrid.

La nota característica del paisaje de la Acebeda la da su vegetación, interesando, por consiguiente, este paraje más al botánico que al geólogo.

Se trata de un extenso bosque de pinos de influencia marcadamente atlántica, en el cual predominan los tonos verdes y azulados, en contraposición de las tintas amarillas y grises observables en las masas de vegetación mediterránea.

El ambiente, fresco y jugoso, del bosque, alfombrado de fino césped, en cuyo alegre y monótono verdor destaca vivamente el brillante colorido de las florecillas que en él viven, nos induce a los sentimientos placenteros, como si nos invitara a difuminar nuestro ser por aquellos tranquilos y bonitos rincones, sin que nuestro espíritu sienta inquietud alguna y pensando, tal vez, que las bellas manos de alguna *Dryas* han sabido tejer este grato lugar en la Naturaleza.

El pinar no se concreta, sin embargo, a esta parte de la sierra, sino que forma un inmenso manto, cuya totalidad cubre gran trozo del área central del Guadarrama; sin embargo, de todos los retazos que podemos considerar le constituyen, en relación con los diversos valles por que se distribuye, ninguno tan magníficamente pintoresco ni tan típico representativo como este de la Acebeda, en cuyo marco encuadran las plantas más representativas de estos antiquísimos bosques.

Es indudable que el examen de un trozo de mundo despierta tanto más nuestro interés cuanto mejor conocemos los detalles que entran en su composición. Por esto, examinar rápidamente la masa de vegetación que puebla el lugar objeto de nuestra descripción, ha de ser de mayor interés si va impregnado de ciertos apuntes botánicos.

Por una coincidencia casual, este bosque se extiende sobre la vertiente septentrional de la sierra, circunstancia que contribuye poderosamente a marcar una fisonomía acentuadamente nórdica y selvática evocadora de las escenas drúidicas encuadradas siempre en marcos de este tipo, donde predominan las plantas sin flores y los tonos sombríos.

Mas no se crea que por eso falta el alegre rayo de sol inundando de brusca alegría estos parajes, a pesar de que durante largo tiempo en los dos crepúsculos la niebla azulina envuelve religiosamente con sus celajes húmedos todos los objetos que llenan el pinar.

Gracias a la gran humedad de esta sierra, el bosque se halla recorrido por pequeños torrentes, cuyas orillas están pobladas de numerosas plantitas amigas de sus aguas, pareciendo como si se alegrasen al sentir sobre sus tiernos organismos las salpicaduras de su inquieto amigo.

A veces estas venas líquidas tropiezan en su alocada marcha con pequeñas elevaciones del terreno que absorben el torrente sin permitirle abrir surco, perdiendo su energía en imbibir por igual el pequeño montículo poroso.

De este modo se constituye un medio de vida muy especial que recibe el nombre de aguazal, donde vegetan algunas interesantes plantas que luego veremos.

Por último, el suelo del pinar se halla sembrado de trozos pétreos desprendidos de las próximas cumbres de la Mujer Muerta y Montón de Trigo, que han rodado hasta el seno del bosque y cuya superficie se halla poblada de musgos y líquenes adaptados a una vida más austera y rigurosa.

El pinar en esta zona de la sierra alcanza un desarro.

llo considerable, pudiendo servir de modelo entre los de su clase.

La especie que vive en la Acebeda, así como en la parte alta de la sierra, corresponde al pino silvestre (*Pinus sylvestris* Linneo).

Es un árbol de belleza severa, contrastando el color ama-



(Fot. A. Victory.)

Pimpollar del bosque de la Acebeda.

rillento rojizo de su corteza con el tono verde sombrío del follaje.

Si prestamos un poco de atención, pronto notaremos que el pinar no se halla poblado solamente de ejemplares adultos y bien desarrollados, sino que en él viven desde la indefensa plantita que ha brotado de una semilla germinada entre las

ramitas caídas, trozos de corteza y hojas muertas que cubren el suelo, hasta el soberbio ejemplar que se alza majestuoso dominando a sus compañeros. Entre uno y otro están intercaladas todas las variantes que esta planta ofrece a través de las diferentes edades y vicisitudes de su vida.

Nada tan curioso como observar rodalitos de pinos jóvenes, que constituyen a modo de vivero, de donde saldrán los futuros árboles en sustitución de los que van muriendo.

Es el de la Acebeda un pinar vetusto, cuyos viejos árboles ostentan una rica vegetación parásita formada casi exclusivamente de líquenes. Éstos crecen apretadamente sobre su corteza, enmascarando el tono pardo oscuro de aquélla con un tinte verdoso grisáceo muy manifiesto, lo cual contribuye a dar mayor realce a lá belleza selvática del pinar.

En el suelo, y sobre los tocones viejos, también hay líquenes en abundancia. Varias especies, de las más características, han sido figuradas en la acuarela adjunta, en la que se han representado de algo mayor tamaño del natural con objeto de que destaquen del resto de la composición. Las llamadas «Barbas de Capuchino» (*Usnea barbata*), se presentan en abundosos mechones blanco verdosos prendidos de las retorcidas ramas de los pinos, aumentando el aspecto selvático del bosque.

Los líquenes, curiosos vegetales, que, como hemos dicho, se hallan por todas partes en el pinar, resultan un caso notable de asociación de dos tipos de plantas tan diferentes como son las algas y los hongos. Los biólogos denominan a este interesante caso *simbiosis*, y consiste en un recíproco cambio de condiciones favorables para desenvolver un tipo de vida que no sería posible de otra manera. Efectivamente, en la trama del tejido propio del hongo vegeta el alga, encontrando suficiente humedad, en tanto que ésta prepara para el hongo materias nutritivas a partir del agua y del ácido carbónico, fenómeno que no puede realizar el hongo.

La planta que caracteriza o, mejor, que ha servido para

dar nombre a la zona estudiada, es el acebo *Ilex aquifolium* L., desperdigado y algo escaso, no siendo muy frecuen-



(Aguarela de Emilio Guinea.)

Plantas típicas del bosque de la Acebeda: rama de acebo en fruto (*Ilex aquifolium*); niscalo (*Lactarius deliciosus*), hongo comestible, representado en el ángulo superior; hongo venenoso (*Amanita muscaria*), representado en el ángulo inferior.

te su hallazgo, aunque se reconoce muy pronto cuando se tiene la suerte de tropezar con un arbolito tan bello.

Sobre todo si está fructificado, que es gran parte del año en las estaciones frías, resalta mucho por el rojo brillante de sus frutitos.

Tiene hojas de consistencia parecida al cuero, muy rígidas y provistas de largas púas lacerantes. El color de las hojas es de un verde obscuro, y la superficie muy brillante.

Paseando por la Acebeda se suele tropezar de vez en cuando con algún antiquísimo ejemplar de tejo o *Taxus baccata* L., como se lee en los libros de Botánica, que suele vivir en las proximidades de los torrentes.

Los ejemplares siempre se presentan con la parte superior mutilada, lo que da gran idea de su extremada longevidad.

Es el árbol más sombrío del bosque, comunicando al paisaje una fuerte nota de melancolía.

Entre las plantas representadas se halla también el *enebro enano*, formando matas achaparradas sembradas aquí y allá en el sotobosque del pinar, así como el brezo, poblador de las orillas de los torrentes, y algunos ejemplares de retama.

No suele ser raro hallar zarzamoras, que producen unos frutos bastante sabrosos, dentro de la rusticidad de esta relativa golosina.

En fin, por el otoño especialmente, aunque también se hallen en la primavera, crecen sobre el suelo del bosque un sinnúmero de setas, que proporcionan al gastrónomo agradable encuentro.

Merecen citarse los deliciosos niscalos (*Lactarius deliciosus* L.), de colores anaranjados y amarillos, salpicados de manchas verdosas que recuerdan el tono del cardenillo. Los *Boletus*, con agujeritos a modo de panal microscópico en la cara inferior del sombrero. Los *Hydnum*, que tienen púas. Los *Chantarellus*, de color de yema de huevo y que son muy sabrosos; la *Lepiota clypeolaria* Bull., o *apagador* en castellano, muy estimada de los gastrónomos, etc.

Debemos recordar, sin embargo, para aviso de los des-  
preocupados, que las hay también rabiosamente venenosas,  
como la *Amanita muscaria* L., muy característica por el tono  
granate de su sombrerillo y las motitas blancas que muy ge-  
neralmente suele ostentar.

En los calveros del bosque surge la pradera despejada,  
patria de una copiosísima colección de flores delicadas y  
fugaces.

Suele brotar de las primeras la flor del *azafrán serrano* o  
*Crocus carpetanus* B. et R., que dicen los botánicos, de flores  
violadas y grandecitas, provistas en su base de tres o cuatro  
hojitas verdes y estrechas.

En cambio, durante el otoño, y de las últimas que florecen,  
aparece la *merendera*, llamada comúnmente *espantapastores*,  
debido a que hace su aparición cuando los rebaños que pue-  
blan la sierra en la estación calurosa se retiran a causa de los  
primeros fríos y sus pastores emigran a Extremadura. Tam-  
bién se conoce con el nombre de *quitameriendas*, porque se  
presenta al final de la temporada en que la gente del campo  
acostumbra a tomar la merienda de la media tarde.

Su nombre científico es el de *Merendera bulbocodium* Ram.

Entre estas dos plantitas hay una serie innumerable de flo-  
recillas, amigas de temperaturas menos extremas.

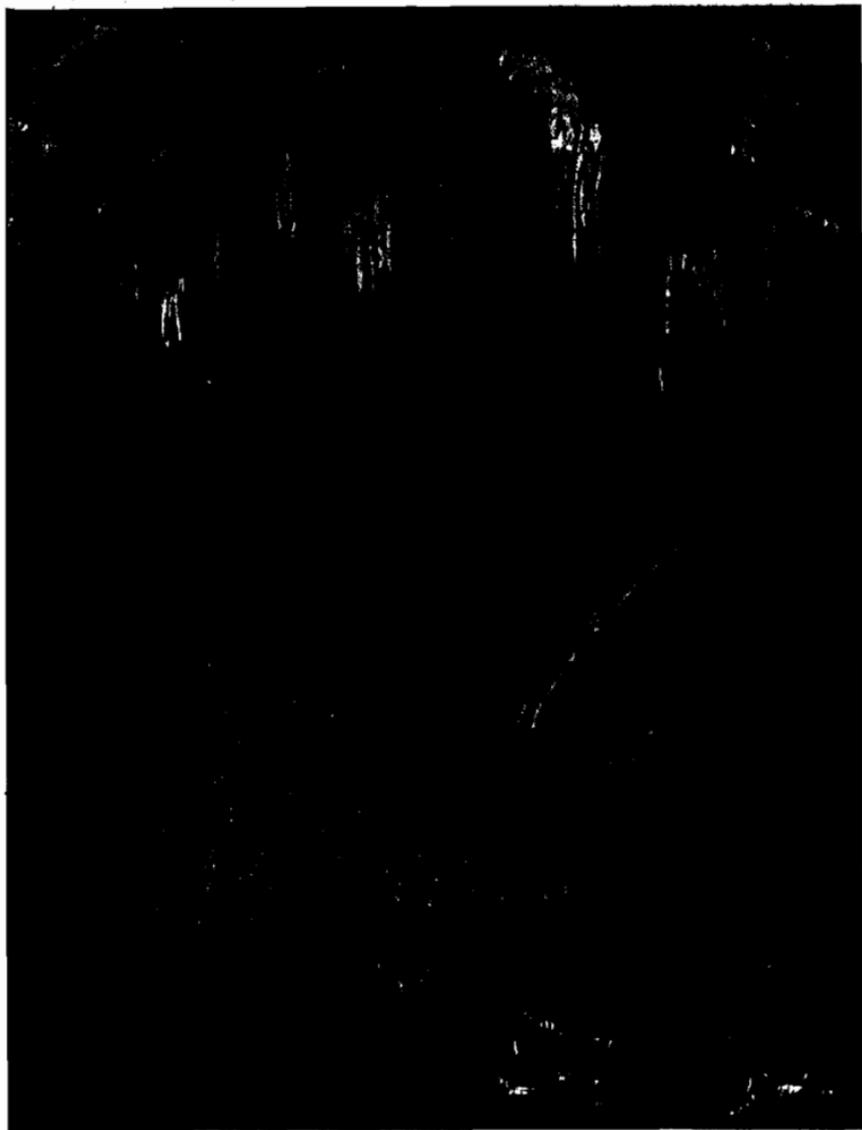
Fijémonos ahora en los alegres torrentes que surcan de  
venas líquidas el paisaje de la Acebeda.

Cuando hay nieve en el bosque su huella es a modo de lí-  
nea negra, que divide, en contraste brusco, la blancura in-  
maculada de aquélla.

En otra época del año vegetan delicadas plantitas siempre  
verdes, muy satisfechas de vivir a sus orillas, pareciendo como  
si acomodaran su vida al compás del incesante ruido.

Sobre todo, los musgos son sus más asiduos pobladores,  
formando almohadillados de color vistoso empapados en agua  
fresca y pura.

Es de muy bello efecto sorprender el precioso verde es-



(Acuarela de Emilio Guinea.)

Líquenes del subbosque del pinar de la Acebeda: *Cladonia rangiferina*, de talo en figura de astas de reno, representado en el borde inferior de la acuarela; *Cladonia pixidata*, talos en forma de trompetas; *Cladonia coccifera*, talos ramosos con apotecios rojos; *Peltigera canina*, talo laminar azul con apotecios pardos, representado en el ángulo inferior derecho; *Usnea barbata* o barbas de capuchino, colgando de las ramas de los pinos, que corresponden a la especie *Pinus sylvestris*. El insecto es un coleóptero del género *Carabus*.

meralda de estos almohadillados herido por un brillante rayo de sol, al mismo tiempo que nos deslumbran los reflejos en las purísimas gotitas de agua prendidas de las diminutas hojuelas.

Pero más elegantes que todas estas plantas son los helechos, de porte delicado, que viven en este mismo medio.

El helecho común o falguera, *Pteridium aquilinum* L., constituye densa masa herbácea sobre el suelo del pinar, típica sobre todo en el otoño, en que, desecadas sus plantas, muestran un tono amarillento rojizo que todo lo invade, y es una tinta propia de la sierra en el período otoñal.

El helecho macho *Dryopteris filix mas* Schott., el helecho hembra *Athyrium filix femina* Roth., la «fenta» de los gallegos o *Blechnum spicant* Wither. y el *Polystichum aculeatum* Schott., que recuerda bastante al helecho macho, por cuyo motivo mucha gente los confunde, constituyen sin duda alguna la parte más hermosa de toda la vegetación que nos ocupa.

En ciertos lugares del bosque, los torrentes, en vez de seguir su curso rápido, parece como si se detuvieran y se perdiesen en un pequeño llano o levantamiento del terreno, empapando de agua aquel lugar, lo cual determina unas condiciones de vida muy especiales, que son buscadas por cierto número de plantas, entre las que están los ranúnculos, las acederillas del género *Oxalis* y aun cierta planta muy curiosa por su pequeño tamaño y su delicadeza: nos referimos a la *Wahlebergia hederacea* L., cuyas finas corolas, de color azul, son muy bonitas. Tiene hojitas de forma parecida a las de la hiedra, refiriéndose a este carácter su nombre específico.

Recordamos también la interesantísima *Drosera rotundifolia* L., con su hojitas redondeadas provistas de largos pelos glandulosos y pegajosos, que aprisionan a los incautos insectos cuando, ignorantes del peligro, se posan sin malicia en ellas.

Estas hojas tienen la propiedad de segregarse unas sustancias capaces de digerir los cuerpecillos de los insectos, dán-

dose el curioso caso de que una planta se coma estos pequeños seres.

También es interesante el bosque de la Acebeda por los animales selváticos, que, tímidos, se resguardan en su espe-



El río Acebeda, pinos jóvenes.

(Fot. A. Victory)

sura, y entre éstos el elegante y veloz corzo *Capreolus capreolus canus* Miller y la ágil y saltadora ardilla, de empenachadas orejas y peluda cola, *Sciurus vulgaris infuscatus* Cabrera. Como especie interesante en el orden de los insectos, se puede encontrar en el pinar, una de las más bellas mariposas exclusiva de la fauna entomológica de España, la *Graellsia isabellae* Gräels. Curiosidad, también entomológica, del bosque constituyen los grandes montones de hojas secas de pino y de otros restos vegetales que cubren a los nidos de la For-

*mica rufa* L., amontonamientos en los que viven otra clase de pequeñas hormigas al amparo de la fuerte y poderosa especie constructora del hormiguero.

Por lo que hemos expuesto, parece como si Cloris y Flora se hubieran puesto de acuerdo para enriquecer con sus más preciosas galas los bellos parajes escondidos en nuestra admirable sierra.

# MACIZO DE PEÑALARA

## DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICO-GEOLÓGICA E ITINERARIOS

por

CARLOS VIDAL Y BOX

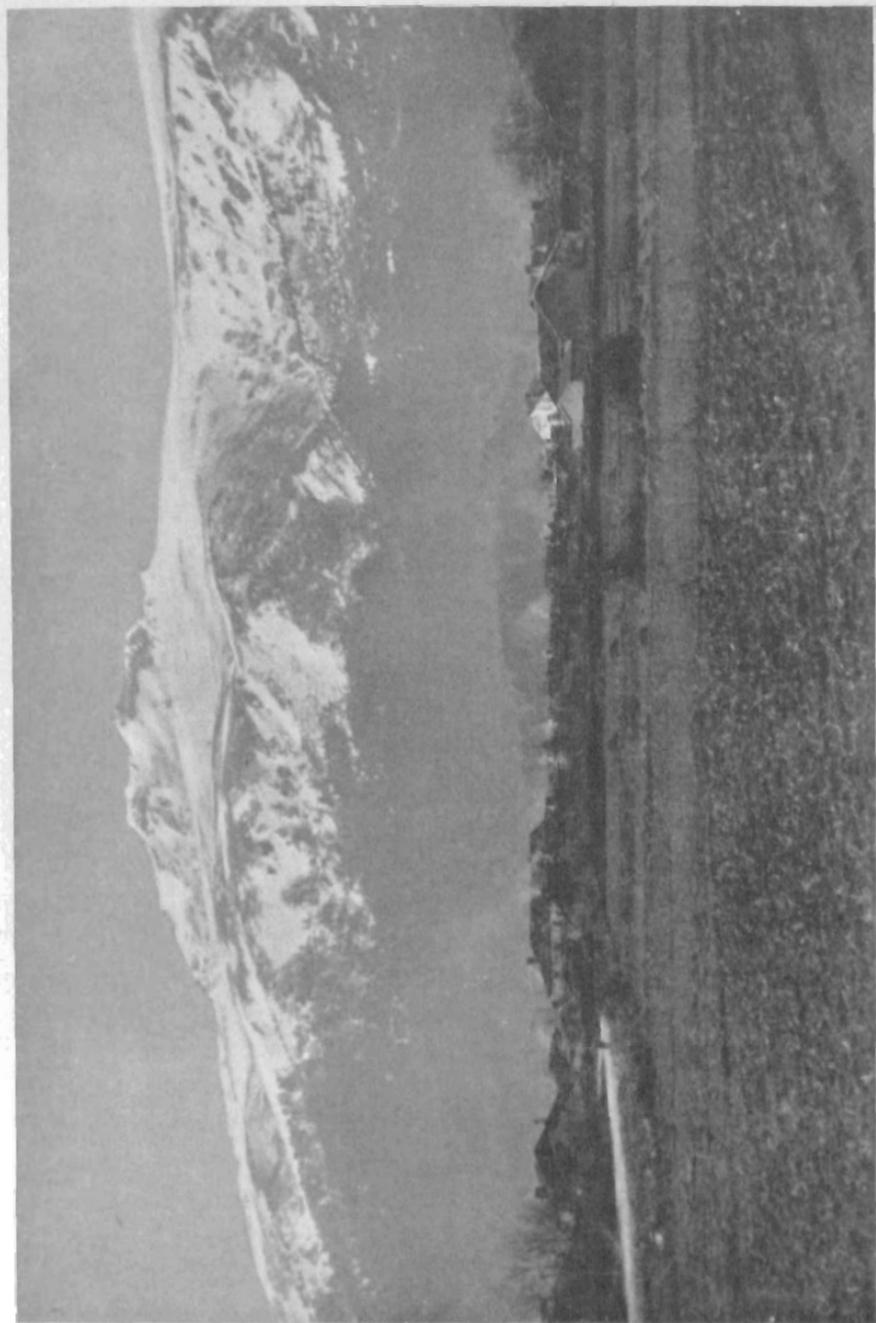
Profesor Ayudante de Geografía de la Universidad Central.

**GEOGRAFÍA Y GEOLOGÍA.**—De la larga alineación montañosa, que con el nombre de cordillera central atraviesa la meseta ibérica hasta enlazarse a poniente con las portuguesas sierras de Gata y de la Estrella, es el macizo de Peñalara (2.430 metros), la segunda cumbre a considerar en el orden de jerarquía de altitudes; solamente al oeste, en la vecina sierra de Gredos, culminan a alturas superiores las crestas del imponente circo.

Peñalara es un macizo montañoso de elevado y majestuoso relieve que se alza en la avanzada occidental de la septentrional alineación guadarrameña, en la cabecera del amplio y frondoso valle del Lozoya.

La sencilla cresta montañosa que de los conocidos Siete Picos se deprime momentáneamente en el puerto de Navacerrada (1.860 m.), se ramifica, pasado éste, en una corta estribación meridional, cuyo extremo es la agreste Maliciosa (2.227 m.); otra media que, culminando en las Cabezas de Hierro (2.383 m.), se prolonga hacia saliente con el nombre de Cuerda Larga, y, por último, otra, septentrional, que, deprimida en su nacimiento (puerto de los Cotos o del Paular, 1.830 m.), da origen a Peñalara y pone en comunicación el valle del Lozoya con la incomparable cuenca del río Valsaín.

Si contemplamos Peñalara desde el citado puerto de Navacerrada, el aspecto que presenta es el de una montaña cu-



El macizo de Peñalara desde Rascafría, en el valle del Paular.

(Fot. J. Tinoco.)

yas estribaciones al norte, apoyadas en las amarillentas y pardas tierras de Segovia, ascienden en laderas de suave inclinación, culminan en convexa calva y descienden al mediodía con mucha más pendiente, que en el flanco que mira al valle del Lozoya se convierten en rapidísimos acantilados y desgarrados barrancos, que la erosión ha dado más bruscos perfiles.

Por el contrario, la impresión que se recibe desde la Granja, en su falda norte, es poco agreste; las pendientes moderadas y la abundante vegetación dan sensación más tranquila y sosegada.

Peñalara, como la mayor parte de los relieves del Guadarrama, está formada por esa roca hojosa, producto de intensas transformaciones acaecidas en el interior de la corteza terrestre, llamada neis, primitivo material al cual se añadió más modernamente el granito, rejuveneciendo la fisonomía, ya ajada y corroída por el transcurso de los largos períodos geológicos. Esta última roca, tan conocida por los múltiples usos que se la da, es fácil verla formando potentes masas, que destacan por su más clara coloración, englobando con frecuencia filoncillos de cuarzo con minerales tan interesantes como el cristal de roca y las negras y brillantes agujas de turmalina.

Desde el punto de vista científico, el macizo de Peñalara ostenta tres particularidades interesantes: anomalías en su arquitectura geológica, los circos de erosión glacial y las lagunas.

Las montañas tienen su arquitectura mucho más complicada que la más compleja construcción humana, y, como suele ocurrir en ésta, puede haber accidentes y hundimientos originadores de colosales modificaciones en la topografía. En Peñalara, a lo largo de la cota 2.000 metros, se percibe perfectamente una dislocación tectónica, un hundimiento cuya consecuencia es ese acantilado de sombrío aspecto, jalonado en su recorrido por los valles glaciares y pequeñas lagunas de montaña.

Si recorriendo uno de los itinerarios de visita al maci-

zo (que después expondremos), nos detenemos un momento en el refugio Zabala y contemplamos el paisaje que desde este punto se nos ofrece, veremos extenderse en primer término, al pie de la cornisa en que está edificada la rústica construcción, verdes praderas, surcadas por multitud de re-



(Fot. F. Hernández-Pacheco.)

Las Cabezas de Hierro, desde la base del macizo de Peñalara, en el puerto de los Cotos.

gatos, que mantienen durante el estío abundante ganado; más al fondo el valle, regado por el Lozoya, cubierto por espeso pínar y encuadrado en el horizonte por la airosa silueta de Valdemartín, Cabezas de Hierro, Cuerda Larga y la Najarra.

En parte, contemporáneos del hombre primitivo que fabricaba las hachas y otros instrumentos de pedernal, que hoy día se encuentran entre las arenas del valle del Manzanares, se sucedieron en los albores de los cuaternarios tiempos unas

alternativas de períodos de frío y de calor distanciadas por enorme interregno de tiempo, durante los cuales el aspecto del paisaje y la vida eran distintos en los lugares afectados. Los geólogos cuentan en Europa cuatro períodos de descenso de temperatura, cuatro glaciaciones durante las cuales los hielos cubrían comarcas que actualmente están lejos del nivel de las

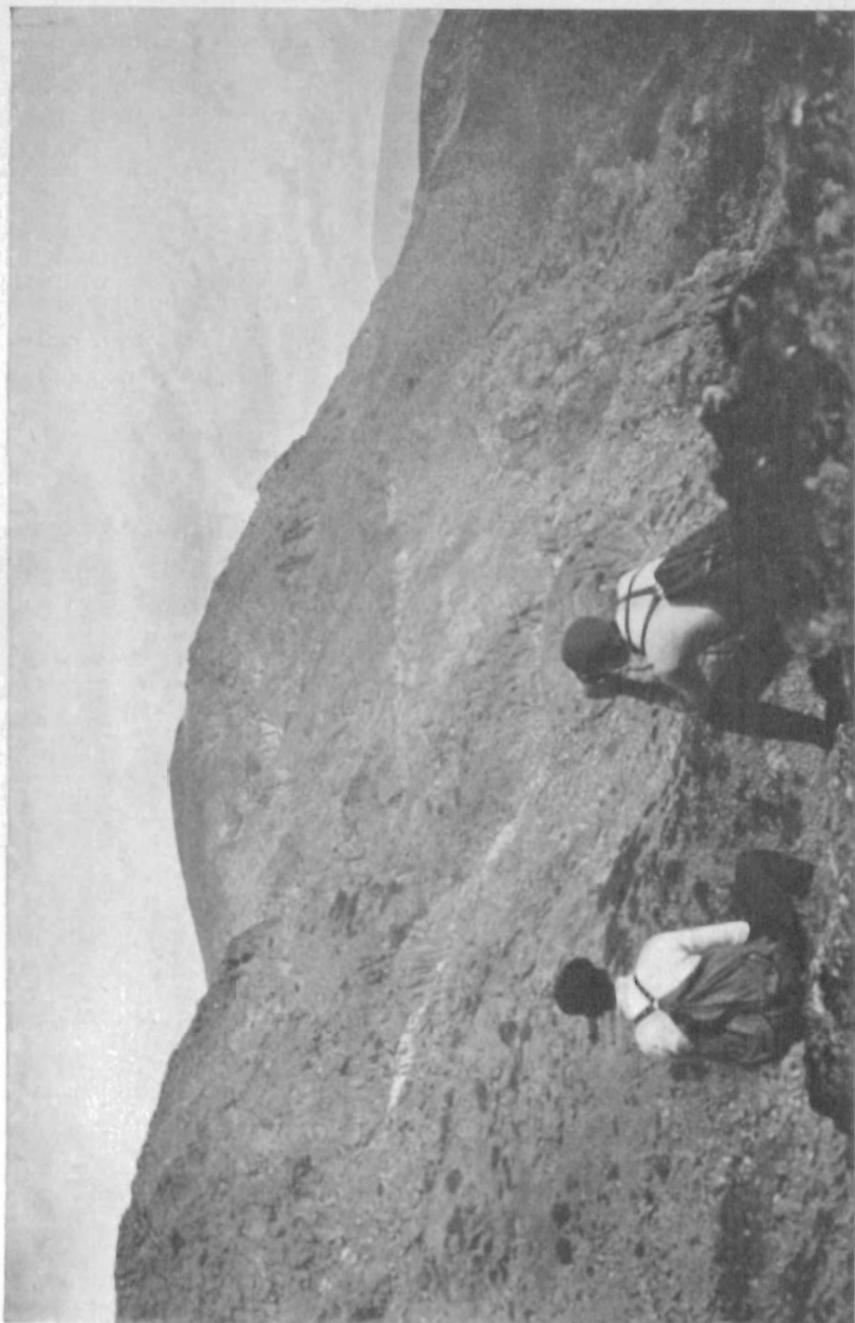


*(Fot. F. Hernández-Pacheco.)*

El macizo de Peñalara desde las Guarramillas.

nieves perpetuas, focos glaciares cuyo recuerdo es la huella indeleble que sobre la peña dejó la lima de hielo del glaciar.

En aquellos lejanos tiempos, el límite de las nieves perpetuas descendía 430 metros, aproximadamente, por debajo de la cumbre de Peñalara, estando actualmente de 770 a 870 metros por encima de su cúspide, y la enorme masa de nieve precipitada, concentrada por los aludes en cuencas cerradas, como la Hoya de la Laguna Grande, se transformaba en plástico hielo, y descendiendo lentamente al valle, arrasaba cuanto se oponía a su paso, rebajando y bruñendo cres-



El circo y cumbre de Peñalara en verano.

(Fot. F. Hernández-Pacheco)

tas labrándose un típico cauce que en los tiempos actuales, libre de hielos, está cubierto por las praderías antes mencionadas.

Cuatro lenguas glaciares descendían del macizo en aquellos alejados tiempos, cuyas cuencas de alimentación eran las actuales Hoya de la Laguna de Peñalara, Hoya de Pepe Hernando y región del Risco de los Pájaros.

El antiguo glaciar arrastraba, como los actuales de los Pirineos y de los Alpes, piedras, arenas y barro, que iba acumulando en sus bordes, y al final, en el lugar de la fusión del hielo. El resultado son aglomeraciones de rocas y tierra que se disponen en alargadas lomas, llamadas «morrenas».

Desde donde nos suponemos situados se ve parte de una «morrena» en forma de colina alargada, que, apoyándose en el acantilado por debajo de Dos Hermanas, baja hasta los 2.000 metros, da la vuelta hasta tocar otra vez en el cantil, a saliente de la Laguna Grande, postrera reliquia de la última glaciación alpina.

Detrás del refugio, en dirección a la cumbre, la meseta peñascosa en que está edificado el albergue se convierte en un imponente canchal, desde el cual, y en el fondo, divisase la laguna, rodeada de informe peñascal y encuadrada por el imponente y sombrío acantilado.

Aguas grises las de la laguna, de escasa impresión optimista, parece su contemplación recordar antiguas consejas, muy arraigadas entre los pastores y gentes del valle, antiguas leyendas preñadas de tétricos relatos, en los que aparece la inofensiva laguna como monstruosa divinidad, devoradora de zagales y pastoras.

La Laguna de Peñalara, típico recipiente excavado por la acción erosiva del glaciar cuaternario, situada a 2.021 metros de altitud, tiene forma sensiblemente ovalada: 117 metros de largo por 80 de ancho; su área es próximamente de 8.860 metros cuadrados y su profundidad va creciendo desde la orilla sureste hacia el norte, donde, cerca del canchal limítrofe,

alcanza en algún punto hasta 6 metros. Sus aguas permanecen heladas una buena parte del año, vertiéndose en la orilla meridional por fresca torrentera que, unida a los arroyos nacidos en las mesetas bajas de las Mesillas y Corral de Redondillo, constituyen el naciente río Lozoya.

Es en el dantesco y ruinoso circo de la Laguna Grande



*(Fot. F. Hernández-Pacheco.)*

Laguna de Peñalara en verano.

lugar donde se aprecia la destructora acción de la intemperie. El caótico canchal no es otra cosa que las ruinas de muros, cornisas y crestas que los cambios de temperatura y el hielo han hecho saltar en pedazos; después, el agua transforma ciertos elementos de la dura roca en deleznable arcillas, que con las arenas es arrastrada al valle por las torrenteras, modesta forma a que han llegado los materiales que constituyeron el altivo picacho.

La visión en pleno invierno del lugar, cuando la laguna

está helada, cubierta por espesa capa de nieve, y de las cornisas pende el hielo en transparentes estalactitas, es algo que parece recordar las altas regiones de las elevadas cordilleras, con el ambiente lleno de luz deslumbradora de las nieves he-



(Fot. J. Tinoco.)

Laguna de Peñalara; nubes y hielos de otoño.

ridas por los rayos de un sol desconocido en las bajas zonas de los valles.

El principal elemento formativo del paisaje es, pues, el roquedo, que se impone e imprime a la fisonomía de la región el ceño adusto y severo de las zonas de alta montaña.

Coronado por el propio Pico de Peñalara, ábrese otra cuenca, la llamada Hoya de Pepe Hernando, resto perfecta-

mente conservado de otra pretérita lengua glaciár. Pasada ésta, divísase en dirección norte el Risco de los Pájaros, en cuya base, rodeada de verdes praderas, hállase, a los 2.170 metros, la riente laguna del mismo nombre. Diferencia notable hay entre esta laguna, de alargada forma, rodeada de prados, trampales y turberas, y el severo aspecto de la Laguna Grande.

El aspecto de las zonas superiores de la montaña es más uniforme y, desde luego, menos abrupto; no ha de buscarse en las altas regiones de Peñalara agujas terminales, crestas y picachos, que tan comunes son en otros macizos de la cordillera y que culminan por doquier en el extraordinario circo de Gredos. La causa es la distinta naturaleza de la roca, que aquí se deshace en grandes y horizontales lajas.

Desde la cumbre de Dos Hermanas, contrafuerte situado al sur-suroeste de la cima principal, se asciende a ésta por una meseta de moderadas pendientes, más inclinadas al oeste; en invierno, espléndidos campos de nieve para el deporte del esquí, laderas que conducen a La Granja, cuyo caserío se divisa perfectamente, y al suroeste al frondoso valle de Valsaín. Por el contrario, al sureste toda esta alta región está limitada por el violento escarpe que constituye los acantilados circos meridionales de Peñalara.

La cumbre es una eminencia calva, inhospitalaria, centrada por un montón de piedras — vértice geológico — aumentado de continuo por los montañeros que a ella ascienden. La impresión que desde ella se recibe es maravillosa: la alta meseta segoviana esfumada en el horizonte, el campo castellano parece un mar gris y rojizo cubierto de brumas; abajo, sobre la mancha verde del pinar, La Granja. Más a la izquierda, la histórica Segovia y, esparcidas como pequeñas barquichuelas, aldeas y caseríos desdibujados por la distancia; los valles de Fuenfría, la serranía de la Mujer Muerta, el Montón de Trigo, los Siete Picos y, al fondo, las azuladas cumbres de Gredos. Por último, a nuestros pies, el luminoso valle del Lozoya, limitado

por la Cuerda Larga, cubierto de espesos pinares y robledales, entre los que se distingue la torre del monasterio del Paular, Rascafría; más distanciados, Oteruelo, Pinilla del Valle y, por último, la cortina norte que limita el valle con las Hoyas de la Sabuca y Berrocoso.

La vegetación de Peñalara es parecida a la de otras mu-



*(Fot. J. Tinoco.)*

#### Refugio Zabala en el macizo de Peñalara.

chas cumbres del Guadarrama: toda la zona comprendida entre los 2.000 metros, límite del pinar y la cumbre (2.430 m.), está desnuda de vegetación arbórea; los pinos que viven en el límite están achaparrados, adoptando grotescas y singulares formas en su continua lucha con las nieves y la áspera naturaleza de estas elevadas regiones. A mayor altura, la vege-

tación es escasa; las duras condiciones biológicas, el largo período de nieves (más de siete meses al año), conduce a que la vegetación se desarrolle inmediatamente a la fusión de las nieves, aprovechando los primeros calores estivales.

La pradería está entonces esmaltada con flores abundantes: el *Nardus stricta*, el *Narcisus nivalis* y las rojas armerias. Entre los peñascos, en las sombrías anfractuosidades de los acantilados, cerca de los arroyos, en la fresca sombra, crecen espontáneamente los amarillentos y verdosos helechos de recortadas hojas; cubren el suelo las turberas, masas oscuras medio descompuestas de musgos, y hasta las más atrevidas cornisas e inclinados murallones están manchados por las amarillas y verdes masas de los líquenes, que prestan esas coloraciones magníficas a los acantilados iluminados por las rojas luces del atardecer.

Por debajo de los 2.000 metros, el pinar (*Pinus sylvestris*), cada vez más espeso, comparte con el sarmentoso piorno (*Sarothamnus purgans*), de olorosas flores amarillas, el dominio de las bajas zonas de la montaña.

La fauna es escasa; sus representantes en Peñalara son frecuentes en otros lugares del Guadarrama. Sin embargo, es típico en el macizo que describimos, entre los peñascos, al abrigo del sol y gustando de la humedad, la salamandra (*Salamandra maculosa*), de oscuro cuerpo manchado de amarillo y naranja, y el curioso sapo partero (*Halytes obstetricans*), cargado, con gran frecuencia, con la puesta de los huevecillos que lleva entre las patas.

ITINERARIOS.—Como puntos de partida para la visita del macizo de Peñalara podemos considerar los siguientes: Puerto de los Cotos, Rascafría y La Granja. Los tres de fácil acceso: al primero se puede ir por la carretera que nace en el de Navacerrada y que, siempre en línea de nivel, recorre siete kilómetros de una de las carreteras de montaña más pintorescas de la sierra.

Rascafría dista un kilómetro del monasterio del Paular. Es

pueblo de gran importancia en el valle, con automóvil de línea diario a Madrid.

Para La Granja son bien conocidas sus buenas comunica-



(Fot. E. H.-P.)

Canchal de la base del circo de Peñalara.

ciones, ya por la carretera de Segovia o por las de Villalba y Navacerrada.

Si seguimos el primer itinerario, una vez en el puerto de los Cotos continuaremos la senda que a la izquierda de la carretera nace, pasado el torrente que baja por la pradera del refugio Coppel y que en continuo zig-zag sube hasta un collado, desde donde se divisa el pico de Peñalara. Desde este lugar pueden seguirse dos direcciones: subir simplemente a

Peñalara por Dos Hermanas, recorriendo la pedregosa meseta superior, o bien visitar las lagunas del macizo.

Siempre avanzando hacia el pico, divisaremos, sobre atrevida cornisa, el precitado refugio Zabala, sencilla construcción muy a tono con el bravío paisaje; desde aquí a la Lagu-



Laguna y risco de los Pájaros

(Fot. J. Tinoco.)

na, el camino es fácil y descrito anteriormente. La ascensión a la cumbre desde la Laguna es fuerte y, desde luego, no recomendable a personas no entrenadas en trepar por rocas; el camino a seguir es: ascender primero por el canchal que hay a la derecha de la Laguna, mirando al acantilado, y ascender siempre con ligera inclinación hacia la izquierda. Es útil caminar con persona conocedora del paraje, pues de esta manera se economiza tiempo.

Para visitar la Laguna de los Pájaros, el camino directo desde Hoya Grande será: ascender por la áspera pendiente que a su derecha existe (morrena izquierda), dando la espalda al valle, y seguir por las planicies de pulimentada superficie (lamiaras), limitadas a izquierda y norte por el escarpe, denominadas Llanos de Peñalara, superficies desgastadas por el paso de los hielos vivientes, salpicadas por pequeños lagunazos y surcadas por abundantes arroyos que se producen al fundirse el hielo de las neveras, que en lo alto del rocoso murallón brillan al sol; pasada la Hoya de Pepe Hernando llegamos a la Laguna de los Pájaros, en la base del risco de igual nombre.

Desde los Cotos a la cima de Peñalara, tres horas y media no es tiempo exagerado a un paso regular y razonable, no a la desmedida marcha de los trotasierras.

El itinerario desde Rascafría es más largo y duro; por ello menos recomendable al excursionista que sale de Madrid. El recorrido es: Rascafría, fuente del Chorro y, por la senda de la derecha, al Carro del Diablo, la Redonda, La Cotera, hasta el mojón 26, desde donde se inclina la senda a la izquierda, y por ésta al puerto del Reventón, y por la cuerda hasta Peñalara, que siempre se ve al frente. Es excursión larga y que conviene realizar acompañado de guía conocedor del terreno.

El ascenso por la vertiente septentrional es fácil y más corto.

Al salir de La Granja se toma el camino que, por la denominada acequia de Peñalara y arroyo Carneros, deja a la derecha al Cerro del Moño de la Tía Andrea y luego a la izquierda a la Silla del Rey (1.693 m.); se atraviesa el arroyo Chorranca y el de Peñalara y, por la Majada Hambrienta, se alcanza la cumbre, después de cruzar las praderas de Peñalara.

Unas últimas palabras: Aconsejamos hacer la excursión con tiempo seguro, no en días tormentosos de verano, ni de ventisca o niebla en invierno; por experiencia sé lo peligrosas que son las tormentas en la poco resguardada cumbre de Pe-

ñalara, donde escasean los sitios en donde refugiarse; aquí no hay, como en otras montañas del Guadarrama, huecos entre las rocas, que sirvan de cobijo en caso de necesidad.

Los días aun frescos de últimos de mayo, son ideales en esta montaña; el aire serrano, cargado de las emanaciones de los piornos en flor; los neveros brillan al sol, rodeando la calva cumbre y, fundiéndose, dan lugar a mil hilillos de agua, originadores de espumosos torrentes.

La excursión en invierno, en días de nubes altas, con frío, nieve seca y sin viento, es para el esquiador día de grandes impresiones, que recordará mucho tiempo.

# PEÑA DEL ARCIPRESTE DE HITA

## DESCRIPCIÓN Y CARACTERÍSTICAS DEL MONUMENTO NATURAL

Constituye un canchal granítico de piedras caballeras, resultado de las acciones geológicas de la erosión por las intemperies milenarias, las cuales, actuando irregularmente, y de preferencia por los planos de juntura naturales de la roca, han destruído lentamente la montaña, dejando como testigo de más altos niveles en otras épocas geológicas el singular conjunto de bloques de granito que parecen colocados caprichosamente por ciclópeo titán.

Está situado el pintoresco risco inmediato a la divisoria, entre las dos Castillas, que forma el puerto del León, a una altitud de unos 1.500 metros. Por su elevación y ubicación en la divisoria—donde los vendavales suelen soplar con ímpetu—se halla cercano al límite de la vegetación arbórea en este paraje del Guadarrama, fenómeno que se manifiesta en el aspecto retorcido y singular de los viejos pinos que existen junto al canchal, pinos que son más abundantes y forman bosquecillo algo más abajo, al resguardo del viento. Trátase de repoblar las cercanías, cuidando de no quitar carácter al Monumento natural.

Una pequeña y plácida pradería existe al pie del canchal, junto al que brota la fuente denominada de Aldara, nombre de la pastora a quien alude el Arcipreste en su célebre *Libro de Buen Amor*. Matorral de helechos, retamas, cantuesos, jaras, tomillos y otras plantas rodean al risco, cuya cumbre sólo es accesible, por personas ágiles, por el lado norte.

Da frente el Monumento natural a la llanura madrileña, abarcándose desde el paraje, extenso y bello panorama.

En dos de las grandes piedras del canchal se han grabado a cincel sendos letreros, uno de los cuales dice:

*Cerca la Tablada  
la siezia pasada  
falleme con Aldara  
a la madrugada.*

CAMINANTE DE ESTE PUERTO UNA MAÑANA DE MARZO DE 1329.

y el otro:

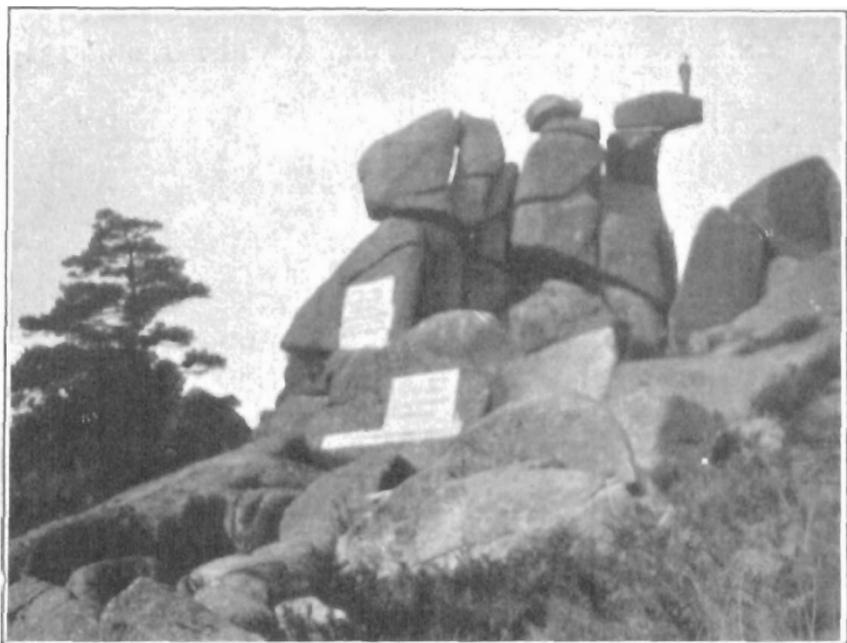
1330                      1930  
AL ARCIPRESTE  
DE HITA  
CANTOR DE ESTA SIERRA  
DO GUSTÓ LAS AGUAS  
DEL RÍO DE BUEN AMOR

El itinerario para llegar a la Peña del Arcipreste de Hita desde Madrid es facilísimo: En la carretera de Madrid a Segovia, pasado el pueblo de Guadarrama y antes de llegar a lo alto del puerto del León, hay un gran ensanche de la carretera y en este sitio, en el borde derecho, un poste indicador, formado por grandes piedras irregulares de granito superpuestas unas a otras, con una indicación en la superior que dice:

A LA PEÑA DEL  
ARCIPRESTE DE HITA  
Y A LA  
VENTA DEL CORNEJO

Del poste indicador parte un camino para peatones que, con un recorrido de 1.800 metros, conduce al Monumento natural.

El Monumento natural fué inaugurado el 23 de noviembre de 1930 por la Junta de Parques Nacionales y la Real Academia Española de la Lengua, conjuntamente, con asistencia de representaciones del Gobierno, numerosos invitados y la Masa coral femenina del Instituto-Escuela, que cantó serranillas, con letra original del Arcipreste de Hita y música de la época.



(Fot. F. Hernández-Pacheco.)

Monumento natural del Arcipreste de Hita, visto desde el sur.

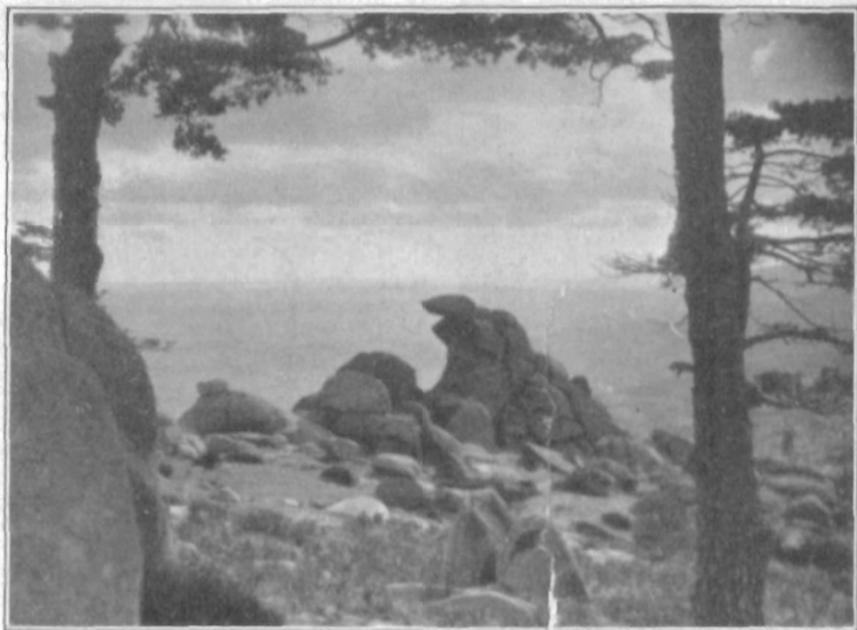
En la base del risco hay una arqueta de hierro incrustada en la roca, y un letrero que dice:

ANDE DE MANO EN MANO A QUIEN QUIER QUEL PIDIERE

En la arqueta, cuya tapa no tiene cierre alguno, depositó, el día de la inauguración, el Presidente de la Real Academia Española de la Lengua, un ejemplar impreso del *Libro de Buen Amor* a disposición de los visitantes, libro que allí continúa.

Los siguientes párrafos del discurso, del autor de esta nota, en el acto de la inauguración, expresan la índole del Monumento y sus características:

«El monumento que hoy inauguramos es de estilo nuevo y de tipo diferente a los que por lo general se elevan en honor y en memoria de los grandes hombres, faros de la humani-



(Fot. F. Hernández-Pacheco.)

La Peña del Arcipreste de Hita vista desde el norte.

dad, o los que se alzan en recuerdo de los hechos gloriosos que constituyen jalones en la vida de los pueblos y que son a modo de piedras miliarias en el tortuoso y lento camino por el que avanzan las civilizaciones.

»En estos monumentos es el arte lo que prepondera y el que da la norma; en los del tipo del que consagramos es la Naturaleza la que manda y da carácter.

»Tienen los monumentos artísticos, con sus estatuas, obe-

liscos y lápidas, algo de muerto y de funerario; los monumentos naturales, no, porque la Naturaleza es vida siempre renovada, en perpetuo cambio y en evolución continuada y eterna.

»Seis siglos hace que, un día, el Arcipreste de Hita, de cerebro fuerte y fecundo, de cuerpo sano y de corazón alegre, descansó en estas peñas poco después del amanecer, cuando la



(Fot. F. Hernández-Pacheco.)

El collado de la Sevillana desde la Peña del Arcipreste de Hita.

rosada aurora comenzaba a llenar de luminosidades la montaña y las lejanías de la amplia llanura de Castilla.

»Al cabo de los seiscientos años el sitio está igual; el grupo de milenarias piedras caballerías de granito que contemplamos continúa con el mismo o muy semejante aspecto que el Arcipreste caminante contempló; alguna peña, al caer y deshacerse por efecto de las intemperies de los siglos, puede ser que haya modificado ligeramente el conjunto del roquedo. Los retorcidos y añosos pinos que rodean al canchal se han

sucedido en varias generaciones. El matorral de jaras, tomillos, retamas y cantuesos, en eterna renovación, todas las primaveras han vestido de gala, con sus flores, a la vieja montaña y han embalsamado el ambiente con sus aromas. Los helechos todos los años han cambiado su verde vestido primaveral y veraniego por el rojizo amarillento de los otoños.

»Aun el pastor trashumante, que hace poco abandonó las zonas de cumbres del Guadarrama y pasó junto al roquedo del collado de la Sevillana, con sus rebaños de baladoras merinas y con sus vigilantes mastines, en busca de los verdes prados otoñales del sur, también en vida del autor del *Libro de Buen Amor*, y aun muy hacia atrás, desde los tiempos protohistóricos, siguió igual ruta, sin que apenas, en las sucesivas generaciones de estos hombres de ruda vida campestre, produjesen gran modificación en sus costumbres, hábitos, necesidades y aspiraciones, los intensos cambios de lo que llamamos civilización y progreso, mutaciones que resbalaron sin apenas hacer mella en cuerpos y espíritus de hombres que pasan su vida en plena naturaleza.

»Todo este conjunto de rocas, de árboles y demás elementos de la vegetación, de seres del mundo zoológico y aun del humano, que, aunque en perpetuo renacer y renovarse, tienen la persistencia y duración de los tiempos geológicos, es lo que da el principal carácter a este Monumento natural que, en buena lógica, no podemos decir que inauguramos, sino que consagramos a la memoria del Arcipreste de Hita, pues el Monumento es muy anterior al genial cantor de las bellezas serranas en su *Libro de Buen Amor*, que, aparte del gran mérito literario que todos le otorgan, tiene el de ser amor a la Naturaleza; siendo deber de nuestra generación conservar y evitar que sea destruido o desfigurado este pintoresco rincón de la sierra carpetana.

»Monumento natural de ubicación privilegiada, en la divisoria geográfica de la cordillera central de España, dando vista, por el norte, a la amplia altiplanicie del Duero, la de leja-

nos horizontes, la de extensos páramos desiertos, la de llanas y serenas campiñas y la de amenos sotos; mientras que por el sur, la vista se extiende más allá del ancho zócalo de la berroqueña sierra del Guadarrama y de la llanura madrileña, por la extensa planicie del Tajo, que se pierde en el remoto horizonte o queda lejanamente limitada por la azulada y difuminada alineación de los montes toledanos.»

E. H. P.

# EPÍLOGO

## LA CONQUISTA DEL GUADARRAMA

por

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS

Presidente de mérito de la Real Sociedad Española de Alpinismo «Peñalara».  
Socio honorario del «Club Alpino Español».

Y puesto que la cinta de los paisajes de la sierra ha concluído ya, vamos a ver ahora las figuras: ligeros retratos rápidos de los hombres y los héroes; las glorias del Guadarrama, que amamos y reverenciamos por ser ya consustanciales con él en las historias de nuestra tierra y nuestra raza.

Precedido del clamor de la jauría, y entre el eco de las trompas de caza, el primero que pasa es el Señor Rey Alfonso onceno, persiguiendo el oso y el jabalí, señores naturales de la ríscosa España. A la pasión cinegética del Rey somos deudores del tesoro de toponimia de la sierra, conservado en el *Libro de la Montería*, reimpresso en nuestro tiempo por Gutiérrez de la Vega. En mitad del siglo xiv, las cumbres y los puertos, los valles y los arroyos, todos los accidentes naturales, llevan los nombres con que hoy los conocemos, y que debemos procurar restituir y guardar en toda su pureza.

Cuando se ha restablecido el silencio, volviendo la montaña a su quietud y soledad prístinos, en un paisaje sin edad, eternamente actual, porque no existen en él más que elementos naturales, he aquí que aparece la figura humana, un tanto desentonada, pues no es ni de un pastor ni de un cazador, de un clérigo extraviado, de cara sensual, iluminada, no obstan-

te, por la expresión de unos ojos maliciosos e inteligentes. Juan Ruiz va ambulante por los puertos, y habiendo nacido en viernes, como él mismo nos confiesa, o, lo que es igual, bajo el signo de Venus, marcha obsesionado por el deseo erótico de las pastoras de los altos pastos, que se le aparecen como sirenas de la montaña, tan llenas de amenazas como de promesas.

¡Extraña y enigmática caricatura, especie de anticipo de capricho goyesco, la que el buen Arcipreste de Hita trazó de la pastora del Guadarrama! ¿Qué ha querido representar el gran poeta primitivo en esta figura anónima, opuesta a las Mengas, Gadeas y Aldaras de otras canciones suyas?

Vendrá luego el primer Marqués de Santillana, y, descendiendo del Yelmo, que él fué el primer hombre de mérito en ascender, «contra el Bóvalo tirando», vendrá a hallar otra linda pastora en Menga de Manzanares, celebrándola en la más bella de sus serranillas.

... Un gran lapso de tiempo de montaña tapada por celajes tormentosos.

Pero ahora, en un espeso escurial de la sierra, está edificada ya la «octava maravilla del mundo», y en una humilde celdita que abre su rasgada ventana hacia el oeste, la grandeza del rey Felipe II se doblega bajo el peso de los negocios de Estado de la más poderosa monarquía del mundo. Cuando alza un instante la mirada y la proyecta al exterior, el grupo de las dos Machotas, separadas por el profundo collado de Entrecabezas, se fija en su retina con toda su salvaje energía y su invencible fuerza. El Rey, acaso, no concede atención a la imagen. Pero es seguro que, habiendo estado uno y otro frente por frente tantas veces, la Machota chica, el cerro de los Ermitaños, por otro nombre, es hoy una cierta imagen del alma del propio Rey, que tanto se le asemejó y que tuvo en ella su espejo y su esfinge inspiradora en los momentos difíciles.

Dos reinados después. Bajo Felipe IV, Velázquez, la más

pura gloria de nuestra España, su vida más ejemplar y noble, llega desde Sevilla a Madrid, y, pintor de la corte, traspasado de la luz y el color de El Pardo y de la sierra, será para siempre el pintor de la majestad real y de la majestad del Guadarrama inmortal y soberano. La bifida Maliciosa nevada, al fondo del retrato ecuestre del Príncipe Baltasar Carlos; el Yelmo, tras las ancas rotundas del cuatralbo alazán en que cabalga Felipe IV; la sierra del Hoyo de Manzanares, al término de otros muchos retratos de reales cazadores; hasta las charcas lejanas de Peralejo, en la llanura de El Escorial de Abajo, en la perspectiva del cuadro de «Las Lanzas», todo ello en su maravilloso azul, bajo su luz de plata, queda de tal modo sorprendido y fijado para siempre, que entrar en la Sala de Velázquez del Museo del Prado es tanto como ingresar en el interior del Guadarrama, cuyo noble granito ornamenta los dinteles de las puertas de acceso.

Otros cien años después. D. Nicolás Fernández Moratín escribe en el Poema de la Caza, «La Diana», una extraña descripción de la laguna de Peñalara:

Bajo una peña cóncava pendiente  
se ve gruesca bóveda...

Mal recuerdo, D. Nicolás; impresión inexacta del negro acantilado de neis. Pero en esta amanerada descripción se nos da el nombre más viejo—Canato—que ha llevado la montaña, al parecer, y que no sabemos todavía de qué fuente haya sacado el poeta.

El tiempo, por lo demás, ya ha puesto término a una parte de la descripción. ¿Qué valor tienen, después de los concursos de natación en la laguna de Peñalara, los versos que siguen:

Mas siempre esta agua se miró con tanta  
veneración, que no la ha profanado  
de bruto ni varón la inmundia planta?

Casi a la vez, en el fondo del valle, por los alrededores de El Paular, D. Gaspar Melchor de Jovellanos versifica melan-

cólicamente. La Epístola de Fabio a Anfriso nunca sabe mejor que allí mismo donde fué concebida, en la vieja Cartuja de Santa María del Paular, santuario el más íntimo de las cumbres carpetanas.

24 de diciembre de 1808. Las tropas de Napoleón, con el Emperador a pie, del brazo del general Savary, pasan el puerto de Guadarrama, nevado, con nueve grados bajo cero, a medio día, en una retirada cruel en que los elementos combaten por España. El León muestra entonces un gesto trágico, tomando cruel venganza de la derrota del puerto de Somosierra. El Emperador, rendido, pernocta la fatal Nochebuena en la Casa de Postas de El Espinar. ¿Acaso está con él una figura que merece todavía hoy nuestro interés? Aludimos al general Bory de Saint Vincent, gran curioso y estudioso de España. El nombre de «Cárpeto-Vetónica» para nuestra gran sierra central es una creación suya, y, aunque no del todo exacto, ha hecho fortuna y se ha generalizado dondequiera.

Permítasenos ahora dos figuras sombrías. Pero «el mundo es así»: una mezcla inconexa de cosas buenas y malas, sanas y perversas.

Luis Candelas, el ladrón hábil madrileño, y Pablo Santos, el rudo malhechor de la serranía, pasan unos días juntos en el corazón de la Pedriza. Duermen en la cueva del Ave María, juegan a la pelota en el próximo paredón rocoso que aun conserva este nombre, se hartan de carne y vino y, ebrios, duermen cara al sol en la seguridad de las alturas. Desde la Vistilla del Yelmo, Candelas contempla, estremecido de horror, el abismo de la Dehesilla. Allá abajo, como una diminuta china, blanquea Canto del Tolmo. Santos se le señala a Candelas como un buen lugar para secuestros. Paco el Sastre, segundo de Candelas, no pierde la lección, y la aprovechará para el 28 de abril de 1839. Los hijos del Marqués de Gaviria, Intendente de la Reina, harán entonces el papel de víctimas, que antes representara el hijo único de la señora Braulia, del Bóalo.

Mayo de 1840. A la Venta del Cristo del Coloco ha llega-

do un llamativo viajero francés, de larga melena lisa y chaleco de fantasía, que atrae todas las miradas. Mientras contempla el horizonte desde el umbral, oye hablar a algún hijo del país de la misteriosa laguna de Peñalara. Escucha con atención, y luego, diligente, se pone a escribir en un ángulo unos renglones cortos:

On trouve dans ces monts, des lacs de quelques toises...

El malogrado Enrique de la Vega traducirá impecablemente, sesenta años después, la preciosa composición que el gran poeta Teófilo Gautier dedicó en esta fecha a nuestra querida laguna con el título de «Les yeux bleus de la montagne».

Otro poeta romántico, Gabriel García Tassara, invocará también, poco tiempo después, a la sierra:

¡Cumbres de Guadarrama y de Fuenfría,  
columnas de la tierra castellana...!

1846. Comienzan los estudios para el ferrocarril del Norte que ha de cruzar la sierra. Larga contienda entre Segovia y Avila, entre el puerto del León y el de las Pilas, decidida, por fin, en favor de éste. El 24 de junio de 1861, la locomotora despierta por primera vez los ecos de los riscos de Abantos y de San Juan de Malagón, de San Benito y las Machotas. La sierra comienza a salir de su aislamiento y avanza hacia Madrid, preparándose su conocimiento.

19 noviembre 1886. Aparece el manifiesto y estatutos de la «Sociedad para el estudio del Guadarrama». Le firman los Sres. Macpherson, Coello, Botella, Rubio (Federico), Riaño, Uña, Machado y Núñez, Sáinz, Velázquez, Cervera, Giner de los Ríos, Bolívar, Martínez, Beruete, Sardá, Quiroga, Torres Campos, Sama, Machado y Alvarez, Lledó, Ferreiro, Cossío, Rodríguez, Lázaro, Pieltain y Rubio (Ricardo); es decir, geólogos, geógrafos, ingenieros, médicos, arquitectos, militares, catedráticos, naturalistas, pintores, botánicos, pedagogos. De los

veintiséis iniciadores, tan sólo quedan tres supervivientes: Bolívar, Cossío, Ricardo Rubio.

Si como personalidad orgánica la naciente Sociedad no estuvo llamada a grandes éxitos — el clima social todavía era frío, aunque la semilla buena —, la acción personal de cada uno de los socios fué amplia y decisiva: en unos, limitada a grupos profesionales elegidos; en otros, sin limitación, llegando a todos desde los años primeros de la vida, en la enseñanza primaria y secundaria

Este último es el caso del glorioso D. Francisco Giner, cuyo nombre resplandece, iluminándole con una aureola de oro, en el Canto del Tolmo de la Pedriza de Manzanares.

Todavía la sierra sigue siendo el patrimonio de una minoría de pequeños grupos o de individuos aislados que buscan en ella la satisfacción de sus instintos más profundos. Geólogos—¡oh venerable D. Casiano de Prado, que inauguras la brillante serie continuada con Macpherson, Quiroga y Fernández Navarro, hasta Hernández-Pachecho, aun vivo por fortuna entre nosotros!—, geólogos armados con el martillo; botánicos herborizantes; entomólogos cazadores del insecto hasta los cándidos ventisqueros, que detienen la vida; militares como el desventurado Ibáñez Marín, muerto en el Rif, en el fatal combate del 23 de julio de 1909, y a quien conmemora en el puerto del Reventón, cuidado por él, un sencillo monumento; pintores, como el catalán Jaime Morera, que lega a Castilla el precioso don de la magnífica serie de lienzos expuesta en 1895, en que la sierra—la Marcuera, la Najarra, etc.—, adelantándose al primer término y enormemente aumentada, como vista con teleobjetivo en los antiguos fondos de los retratos velazqueños, se nos muestra en toda su personalidad imponente en un retrato acabado y perfecto.

Pero las multitudes llegan pronto en la inmediata generación de los primeros años del nuevo siglo. En mayo de 1908 se constituye el Club Alpino Español; el 16 de octubre de 1913 nace, en el local del antiguo Instituto de Reformas so-

ciales, la Agrupación «Peñalara», en su modesta forma original de los doce amigos. Tres ya dejaron de existir, y pertenecen al mundo de los nombres gloriosos de nuestra sierra: Enrique Vega, primero, versificador ágil y ligero; después José Fernández Zabala, el más perfecto y completo de los montañeros que haya tenido hasta ahora el Guadarrama; Enrique de Mesa, por último, irreparable pérdida de ayer, excelsa poeta de las viejas piedras de la Cartuja del Paular y de las rocas siempre jóvenes y vivas de las cumbres.

La conquista de la sierra es un hecho ya, aunque todavía pueda ser llevada a aprovechamientos más amplios y profundos.

Como los pequeños núcleos de las rocas primigenias digeridas por la triunfante invasión del granito, que los canteros de la sierra llaman «gabarros», Madrid debe seguir avanzando hacia el Guadarrama hasta compenetrarse y fundirse con él en una simbiosis perfecta del monte y de la ciudad, que asegure a todos los necesitados, no a una minoría de elegidos, el supremo bienestar de la vida que puede procurarse de esta alianza.



# ÍNDICE

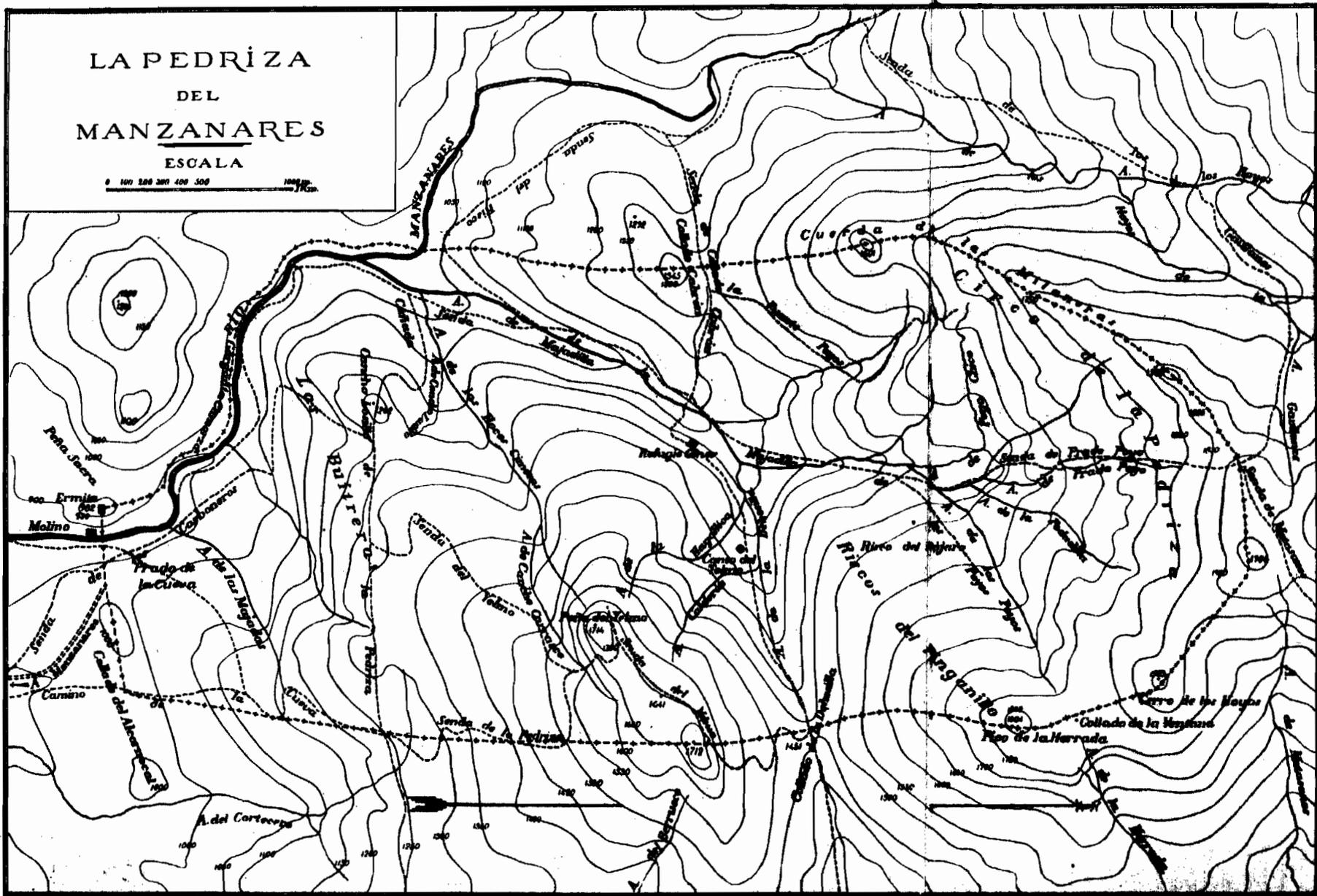
	<u>Páginas.</u>
PREÁMBULO .....	5
Real orden del Ministerio de Fomento declarando Sitios y Monumentos naturales de Interés nacional, en la Sierra de Guadarrama, los parajes de la misma que se indican.	9
LA PEDRIZA DEL MANZANARES:	
Descripción geográfico-geológica.....	21
Itinerarios de la Pedriza.....	37
Historias y leyendas.....	46
EL PINAR DE LA ACEBEDA:	
Descripción e itinerarios.....	57
La vegetación.....	67
MACIZO DE PEÑALARA:	
Descripción geográfico-geológica e itinerarios.....	78
PEÑA DEL ARCIPRESTE DE HITA:	
Descripción y características del Monumento natural....	94
EPÍLOGO:	
La conquista del Guadarrama.....	101



# LA PEDRIZA DEL MANZANARES

ESCALA

0 100 200 300 400 500 1000 Mts.









1064900

B-4282

